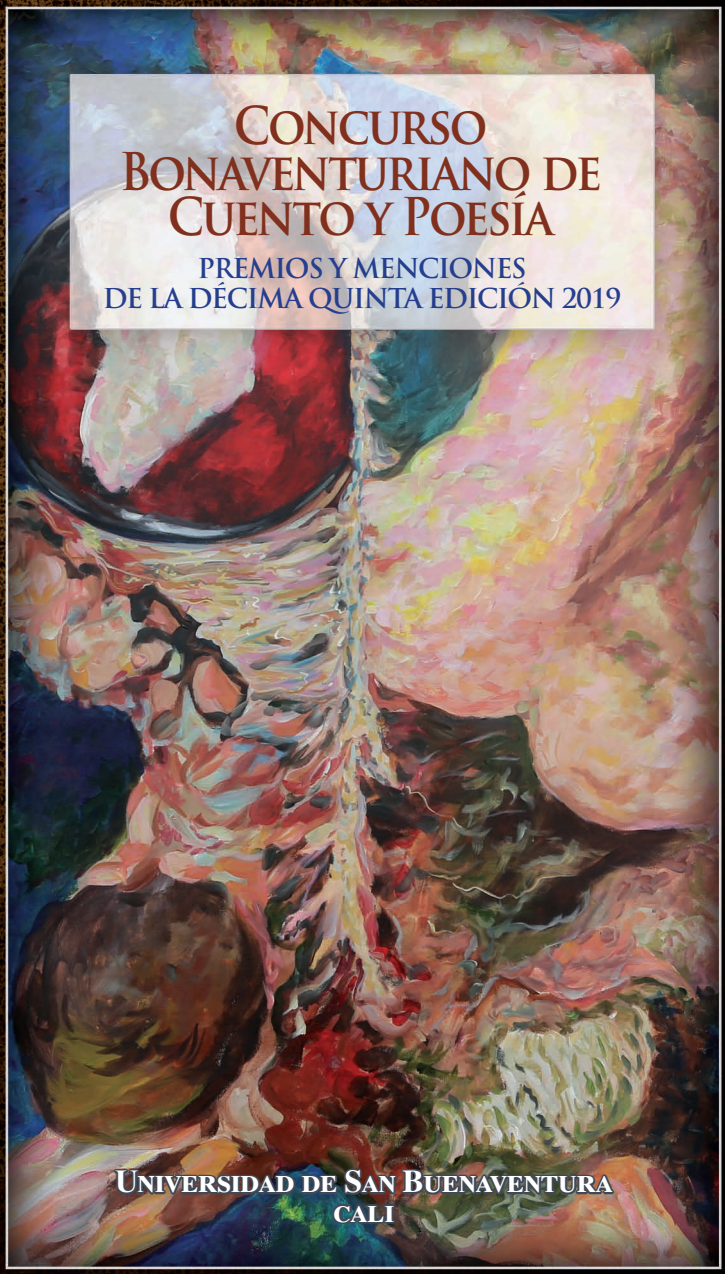
Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

Premios y menciones de la décima quinta edición 2019



Universidad de San Buenaventura
Cali

EDITORIAL
BONAVENTURIANA

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

Dirección de Bienestar Institucional

Área Artística y Cultural

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía

Décima quinta edición

2019

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía (15. : 2019 : Cali)

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía: premios y menciones de la décima quinta edición 2019 / Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía (15. : 2019 : Cali); Coordinadores Cornelio Millán Matta y Pedro Mario López Delgado, Ilustraciones de Julio Pantoja.--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2019

178 p.
ISSN: 2248 - 6690

1. Cuentos colombianos 2. Cuentos populares 3. Certámenes literarios 4. Literatura colombiana 5. Cuentos vallecaucanos 6. Poesía vallecaucana 7. Concurso literario 8. Paisaje en la literatura 9. Literatura juvenil – Aspectos socioculturales I. Millán Matta, Cornelio (Coordinador) II. Lopez Delgado, Pedro Mario (Coordinador) III. Pantoja, Julio (Ilustrador) IV Tít.

C863.5
(D 23)
C744

Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía
Año 15, No.15 - Septiembre de 2019 - Publicación anual

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

ISSN: 2248 - 6690

Rector
Fray Ernesto Londoño Orozco, OFM.

Coordinación
Cornelio Millán Matta
Director de Bienestar Institucional

Pedro Mario López Delgado
Área Artística y Cultural. Dirección de Bienestar Institucional

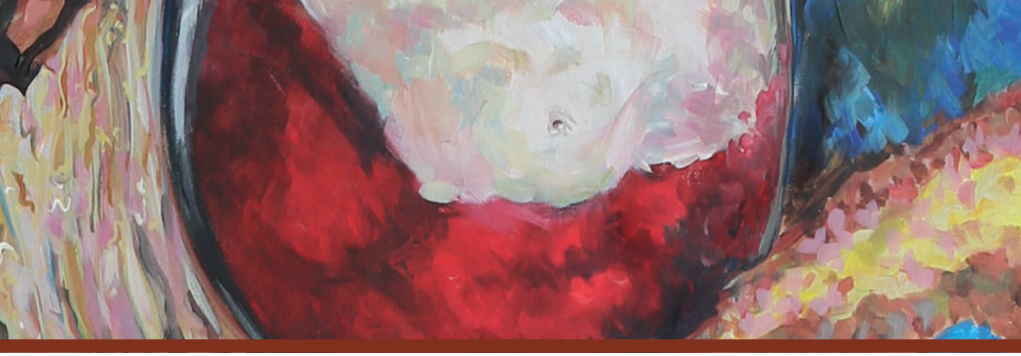
Ilustraciones
Julio Pantoja

Director Editorial Bonaventuriana
Claudio Valencia Estrada

Diseño y diagramación
Carlos Cárdenas

USB Cali, La Umbría, carretera a Pance. PBX: (572) 488 22 22 - A.A. 25162.
www.usbcali.edu.co - email: editor@usbcali.edu.co. Cali, Colombia, Sur América.

Este libro no puede ser reproducido por ningun medio sin autorización escrita de la Universidad de San Buenaventura Cali.
Septiembre de 2019.



Índice

Agradecimientos	9
Prólogo	11
Acta del jurado	13
El jurado	17
Ilustración	19

Poesía

Primer premio: *Descartar la verticalidad.* Esther Pardo Herrero.	23
Segundo premio: *Almas benditas.* César Augusto Álvarez Téllez.	30
Tercer premio: *Guambial.* Héctor Fernando Cortez.	43

Menciones poesía

– *Historias de la sobrevida.* Ediel Pérez Noguera.	50
– *Poemas dactilares.* Ángel Marino Ramírez Velázquez.	60
– *La luna en el agua.* Fernando Chelle.	66
– *Anda y dime quién eres.* Crecencio Blanco Páez.	75

– *Sábanas adentro del cuerpo y otros poemas.* Claudia López Zuleta. 82
– *Mea culpa.* José Luis Elorza. 93
– *Pan y otros poemas.* Ernesto Tancovich. 101

Cuento

Primer premio: *El sol tiene hambre.* Marcos Antonio Gutiérrez Suárez. 111
Segundo premio: *Discusiones sobre la derrota.* Juan Felipe Rodríguez Pérez. 115
Tercer premio: *El olor a muerte.* Joiner Sánchez Mora. 121

Menciones cuento

– *El entierro y otros cuentos.* Raquel Hernández Contreras. 124
– *El vuelo de la mosca.* Johann Miguel Luis Juan Dávalos. 130
– *Malo para la salud y otros cuentos.* Román Ignacio Ksybala. 133
– *El pirata mudo.* María Pilar Doñate Sanz. 145
– *Pier Paolo.* Juan Pablo Ortiz Marín. 149
– *Gustos.* Raúl Clavero Blázquez. 155
– *En Pripyat y otros cuentos.* Ernesto Tancovich. 157
– *Junto al estanque.* Kalton Bruhl. 164
– *Buenos finales y otros cuentos.* Gabriel Fernández Chapo. 165
– *Desahogo.* Félix Mauricio Molina Leguízamo. 175

Agradecimientos

A Francisco Garzón Céspedes y a todos los directivos de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE) que generosa y desinteresadamente apoyan este esfuerzo.

Al maestro Julio Pantoja, que donó sus extraordinarias obras plásticas para poblar de imágenes sugerentes las páginas de este libro.

A Fátima Martínez Cortijo, prestigiosa narradora oral escénica y escritora española, que puso a nuestra disposición su talento y experiencias y dedicó valiosas horas de su tiempo a la exigente labor del jurado.

A Julio César Bermúdez Restrepo y James Rodríguez Calle, escritores, docentes y gestores culturales, por su excelente contribución al desarrollo exitoso del XV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía como miembros del jurado.

Al Centro de Educación Virtual de la Universidad de San BuenaventuraCali, por su invaluable apoyo en el desarrollo de las diferentes etapas del concurso.

A la Editorial Bonaventuriana, por su dedicada, minuciosa y creativa labor, gracias a la cual este proyecto literario es publicable y llega a miles de personas en todo el mundo.

Prólogo

En el marco de la celebración de los cincuenta años de la Universidad de San Buenaventura Cali, el Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía, arriba con éxito a sus quince años ininterrumpidos de labor, enfocando sus esfuerzos en propiciar un espacio para la promoción de la escritura y el desarrollo de la creatividad a nivel local, nacional e internacional.

Actualmente nuestro concurso es reconocido como uno de los más consolidados en el ámbito universitario a nivel iberoamericano, respaldado por la participación de 15 438 escritores de América, Europa, Asia, África y Oceanía, que durante estos quince años han tejido con sus obras un puente de palabras que nos une en torno a nuestra lengua, logrando así uno de los propósitos que nos planteamos al lanzar la primera convocatoria: promover la escritura gozosa, expresiva, comprometida, renovadora y estéticamente valiosa en lengua castellana, invitando a hispanohablantes de todas las latitudes a acompañarnos en esta gesta creadora.

Los libros publicados cada año en formato digital recorren sin barreras los caminos del mundo, expandiendo por medio de este

soporte tecnológicamente novedoso el sentir y el pensar de miles de escritores de todas las edades, procedencias y profesiones en un potente encuentro que celebra la multiplicidad de ideas, puntos de vista y posturas divergentes, manifiestas en las obras literarias que dan cuenta de la diversidad humana que nutre y fomenta nuestras expresiones culturales.

Por las manos de los jurados han pasado miles de versos y de historias, resonancia poética de este tiempo nuestro que nos invita a poner en palabras lo vivido, lo imaginado, lo soñado. Que cientos de personas de todo el mundo elijan la escritura como un camino de expresión creadora, como una manera de enunciar su pensar y su sentir, hacen de nuestro concurso literario un espacio privilegiado de encuentros generativos que esperamos continuar alentando.

Llegue a todos los escritores que nos han acompañado a lo largo de estos quince años nuestra gratitud y nuestro reconocimiento. La Universidad de San Buenaventura Cali, como casa de vida, mantendrá sus puertas permanentemente abiertas a la creación literaria y auguramos al Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía muchos años más de exitosos recorridos.

Pedro Mario López Delgado
Coordinador

Acta del jurado

Tras varias sesiones de intenso trabajo, el 25 de julio de 2019 se reúne el jurado del XV Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento, convocado por la Universidad de San Buenaventura Cali, con la colaboración significativa y el apoyo permanente de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE) para realizar las deliberaciones finales y llegar a conclusiones que permitan decidir sobre los premios y menciones que se van a otorgar.

El jurado concuerda en la alta calidad de los trabajos presentados al concurso por los 1165 escritores de 31 países, entre ellos docentes y estudiantes de 62 universidades internacionales y 61 nacionales.

Los países participantes fueron: Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Guatemala, México, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Estados Unidos, España, Fran-

cia, Alemania, Croacia, Hungría, Italia, Reino Unido, Suiza, Moldavia, Israel, Guinea Ecuatorial

A todos ellos nuestras felicitaciones y agradecimiento por haber acogido la convocatoria y formar parte de este proyecto cultural que promueve la creación literaria.

El jurado, integrado por:
Fátima Martínez Cortijo (España)
Julio César Bermúdez Restrepo (Colombia)
James Rodríguez Calle (Colombia)

Después de analizar las obras presentadas por los 1165 participantes y socializar sus criterios con respecto a las obras seleccionadas como finalistas, decidió otorgar los siguientes premios y menciones:

Poesía

Premios

- **Primer premio:** *Descartar la verticalidad.* Esther Pardo Herrero (Colombia/España).
- **Segundo premio:** *Almas benditas.* César Augusto Álvarez Téllez (Perú).
- **Tercer premio:** *Guambial.* Héctor Fernando Cortez (Colombia).

Menciones

- *Historias de la sobrevida.* Ediel Pérez Noguera (Cuba).
- *Poemas dactilares.* Ángel Marino Ramírez Velázquez (Venezuela).
- *La luna en el agua.* Fernando Chelle (Uruguay).
- *Anda y dime quién eres.* Crecencio Blanco Páez (Cuba).
- *Sábanas adentro del cuerpo y otros poemas.* Claudia López Zuleta (Colombia).
- *Mea culpa.* José Luis Elorza (Colombia).
- *Pan y otros poemas.* Ernesto Tancovich (Argentina).

Cuento

Premios

- **Primer premio:** *El sol tiene hambre.* Marcos Antonio Gutiérrez Suárez (Guatemala).
- **Segundo premio:** *Discusiones sobre la derrota.* Juan Felipe Rodríguez Pérez (Colombia).
- **Tercer premio:** *El olor a muerte.* Joiner Sánchez Mora (Colombia).

Menciones

- *El entierro* y otros cuentos. Raquel Hernández Contreras (España).
- *El vuelo de la mosca.* Johann Miguel Luis Juan Dávalos (México).

- *Malo para la salud* y otros cuentos. Román Ignacio Ksybala (Argentina).
- *El pirata mudo.* María Pilar Doñate Sanz (España).
- *Pier Paolo.* Juan Pablo Ortiz Marín (Colombia).
- *Gustos.* Raúl Clavero Blázquez (España).
- *En prepyat* y otros cuentos. Ernesto Tancovich (Argentina).
- *Junto al estanque.* Kalton Bruhl (Honduras).
- *Buenos finales* y otros cuentos. Gabriel Fernández Chapo. (Argentina).
- *Desahogo.* Félix Mauricio Molina Leguízamo. (Colombia).

Para que así conste, el jurado del XV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía, firma la presente acta a los treinta días del mes de julio de 2019, en la Universidad de San Buenaventura Cali.

Fátima Martínez Cortijo
Julio César Bermúdez Restrepo
James Rodríguez Calle

El jurado

Fátima Martínez Cortijo
España

Prestigiosa escritora (Premio Iberoamericano "Líneas" 2017) y profesora. Narradora oral escénica de elevado rango con cumbres en lo dramático y lo humorístico, en los que se mueve con éxito dentro de sus diferentes géneros para ser una de las mejores narradoras españolas e internacionales y ostentar los máximos premios de este arte (Chamán y Gaviota). Entre otras especializaciones: Titulada en Magisterio por la UCM, licenciada en Filología Hispánica por la UNED. Como narradora oral vinculada a la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE) es una de las más destacadas figuras dentro de la Compañía de la Imaginación (Iberoamérica). Sus obras literarias han sido publicadas en libros, compilaciones y antologías tanto en España como en otros países.

Julio César Bermúdez Restrepo
Colombia

Poeta, pensador y escritor nacido en Cartago, Valle del Cauca. Ha sido ganador de premios y menciones de poesía en diferentes

concursos nacionales e internacionales. Investigador reconocido por Colciencias, trabajador con distintas comunidades de Latinoamérica en procesos relacionados con los acervos culturales y el fortalecimiento de identidades colectivas y la gestión territorial. Docente universitario en áreas de desarrollo cultural. Egresado del Instituto Popular de Cultura, ingeniero agrónomo de la Universidad Nacional de Colombia y doctor en Educación de la Universidad de La Salle de Costa Rica. Ha publicado el libro de poesía Volver a la tierra (2008), así como capítulos en diferentes libros y antologías poéticas.

James Rodríguez Calle
Colombia

Candidato a PhD, en el programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Magíster en Estudios de la Cultura con mención en Literatura Hispanoamericana, de la misma universidad. Licenciado en literatura de la Universidad del Valle. Como estudiante de licenciatura trabajó como periodista cultural y literario en *La Palabra*, periódico de la Universidad del Valle. Ha publicado cuentos y ensayos en la selección *Escritores autónomos 2009* y en la selección de *Revista Ñ*; artículos académicos sobre lenguaje y literatura en las revistas CS, de la Universidad Icesi y Kipus, de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador; también en el libro *Cuerpos y fisuras, miradas a la literatura latinoamericana*. Ha sido docente de lenguaje, literatura y práctica pedagógica de las universidades Uniminuto, Icesi y San Buenaventura Cali.

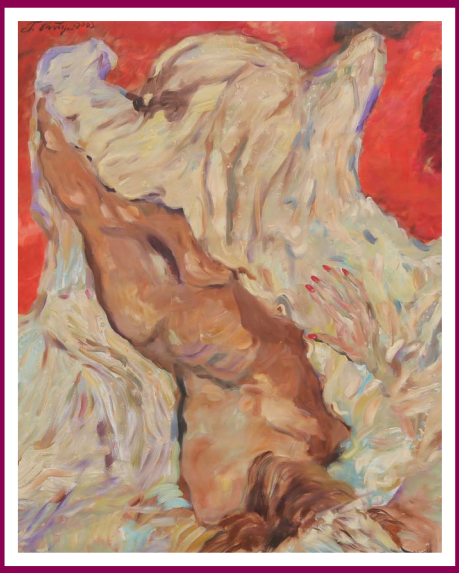
Ilustración

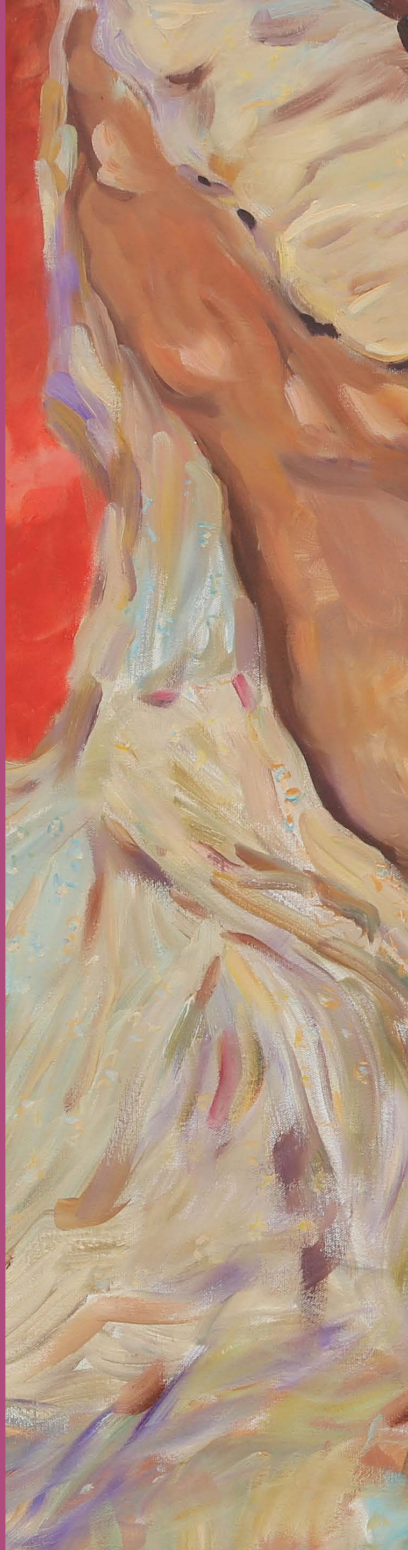
Julio Pantoja, artista plástico
Colombia/Estados Unidos

Nació en Cali, Valle del Cauca en 1962. Desde 1980 se radica en la ciudad de nueva York donde de manera autodidacta comienza a explorar los lenguajes de las artes plásticas.

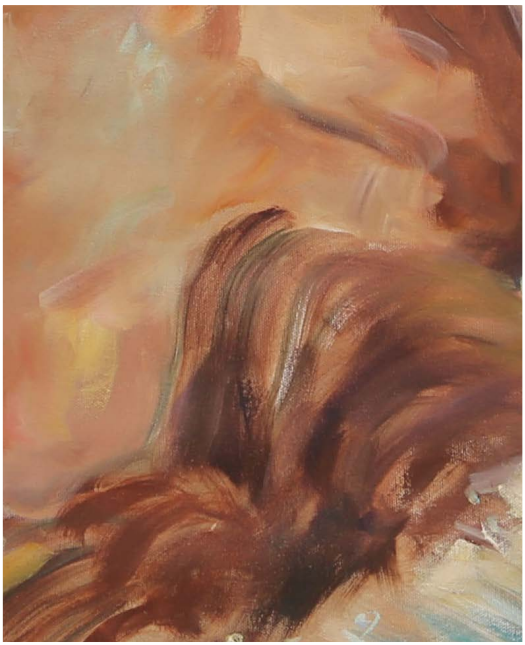
Desde su oficio como empleado de mantenimiento de los rascacielos en la "gran manzana" se desplaza al caballete y pone en formas y colores sus miradas de este mundo nuestro agobiado por la fragmentación, la indiferencia de muchos y la soledad de casi todos. Sus obras orgánicas y vibrantes en lo cromático y formal también nos convocan a poetizar la existencia como posibilidad emancipadora de lo humano.

Ha participado como artista en diferentes exposiciones de pintura individual y colectiva y ha recibido reconocimientos por su labor creadora en Roldanillo, Valle del Cauca y en The City University of New York, Estados Unidos.





Poesía

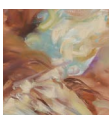


Poesía
Primer premio

Esther Pardo Herrero
Colombia/España

Descartar la verticalidad

El cuerpo desnudo.
De entre las costillas
crece una flor
de loto
blanca.
Se abren paso
los pétalos
tallo fuerte
que se eleva
y se despliega.
Del otro lado
en lo oscuro
pende un cuchillo
sobre mi cabeza.

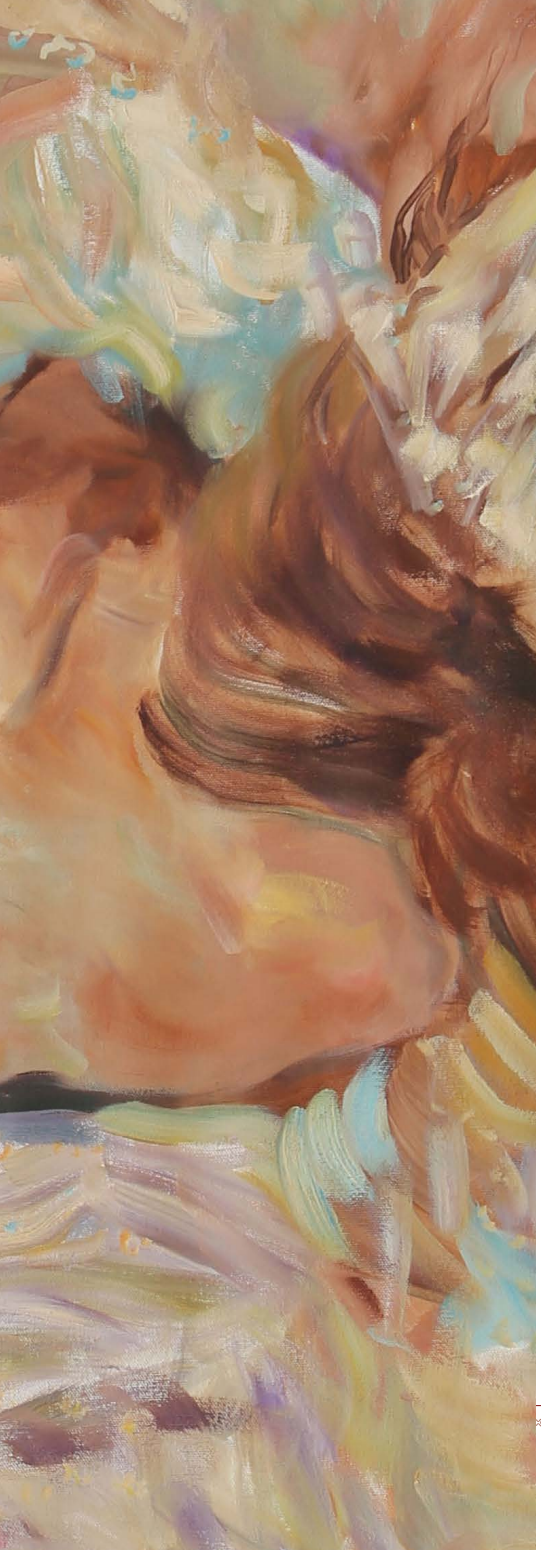


Aristas de cristal
amenazan
el paso de mis venas
y la extensión de mis músculos.

Intento dormir
pero en mi cabeza
suenan llantos.
El miedo
avanza
despacito
y siento un dolor
de mundo gastado
y antiguo.
No me muevo
soy piedra.
No consigo levantarme
y el tiempo
me persigue.
Sospecho
que no podré
escaparme.

Se desvanece
el cuerpo.
Apaga
sus señales
que son
ahora
puro hormigueo.
Músculo
hueso
sangre
vísceras
distantes
transcurren
el día
inertes.
Así
se deambula
sin edad
posible.

Dejar de sostenerme
soltarlo todo
desanudando
las fibras tensas
de mis músculos.
Olvidar el día,
la hora,
olvidar los nombres
los lugares
los sentidos.
Liberar
el espacio amordazado
entre las costillas
entre las vértebras
y soltar
por fin
la mandíbula
a su suerte.
Entregarme al tedio
al llanto
a la utopía
o al misterio.
El cerebro
flotando
en un vacío
ancho.
Soltarlo todo.
Dejar
de
sos
te
ner
me.



Descartar
la verticalidad
y recuperar
el suelo.
La oreja
los hombros
el vientre
sobre la tierra.
Reptar
entre raíces.
Desandar
los siglos
y recordar
al fin
el sonido
de las piedras.

La cabeza
junto a las macetas
de geranios
recibiendo
el agua
al caer la tarde.
Que se inunde
el cráneo.
Que se encharquen
los ojos
hasta que brote
el musgo.

Una hormiga
recorre el cráneo
de parietal a occipital
empujando
levantando deshechos
de un día
a merced
del algoritmo
invadiendo
las cuencas
de los ojos.
Una fila de hormigas
saliendo por las cervicales
caminan hinchadas
drogadas
rumbo al fuego
subterráneo.

De las grietas
y comisuras
de la pelvis
de las mujeres
que fueron
nace una serpiente
que se eleva
desde el coxis
se despliega
erguida y
triunfal
hasta encajar
su cabeza
en la mía
abrir la mandíbula
y disponer
del veneno.

Soy todas las mujeres
llorando
junto al fogón
en silencio
tendiendo
la ropa en la cuerda
o barriendo el suelo.
Soy sus lágrimas
mezclándose
con el polvo.
Soy
todas las espaldas
anudadas
de tanto esconderse
y reducirse
a un refugio.
Soy las mandíbulas
atornilladas
el insomnio
de los cuerpos
congelados
y el cansancio
que no desaparece.

Soy la búsqueda
y la estrategia
de la huida.

Un amasijo
de orgasmos
robados por la culpa
se me agolpan
entre las piernas.
La pura sensación
me guía
y la piel
estalla en sudor.
Cuerpo amazónico
volcánico
desafiando
el terror desértico.
Una embestida
deseante
sale a la conquista.
Quiero comerme el
mundo
en danza
a dentelladas de placer.
Me desbordo.
Epifanía
de carne y sudor
riego sanguíneo
y terminaciones nervio-
sas.
Epifanía corpórea
de lo que yo puedo.

Esther Pardo Herrero. Colombia/España

Es licenciada en Sociología. Arteterapeuta, tiene un posgrado en intervención y políticas sociales en violencia de género. Trabaja principalmente con mujeres utilizando el arte y el proceso creativo como elementos terapéuticos para la transformación personal y colectiva. Es autora del poemario *Diario de ciclos fértiles* (Ediciones Paralelo, 2017). Poemas suyos fueron publicados en el proyecto Anónimos de las XI y XII ediciones de Cosmopoética, en la web latribu.info, revista *La Caída* y el periódico *El Espectador*.

Poesía
Segundo premio

César Augusto Téllez
Perú

Almas benditas

Jorge Luis Borges

Homérico y portátil argentino,
magistral hacedor, sueño distinto
de espadas cubrió tu laberinto
con gloria humana en ti, ciego divino.

No abandonó la sombra tu figura,
la cábala nos dice que estás vivo
jugando con tus tigres en pasivo
cuadro de la inocencia y la hermosura:

Escena dócil que en el vasto huerto
reflejarán por siempre, si no has muerto,
los temibles espejos que te surcan.

Ecuménico sabio adamantino,
¿dónde resides hoy con tu destino?
¿De senderos que eterno se bifurcan?

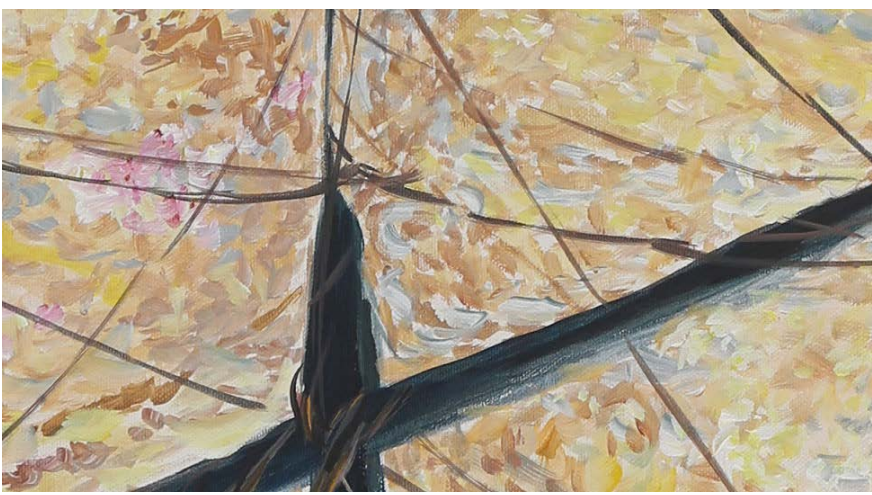
Oscar Wilde

Frágil rosa de espinas engendrada
en supremo martirio por amor:
con su inocente sangre el ruiseñor
tiñó de rojo tu alma desgraciada.

En el jardín de invierno de repente
su luz eterna de oro resplandece,
mientras detrás del biombo se envejece
tu retrato de dandi adolescente.

Y ahora que fiel no eres de este mundo,
que habitas en un sueño más profundo
¿es porque cambiará tu triste suerte?

Solo responde el eco y has partido:
envuelto en margaritas y en olvido
te llevaste el secreto hasta la muerte.



Edgar Allan Poe

Surges de las tinieblas que en el día
son aún más terribles que en la noche
sangrienta que, de angustias en derroche,
alimentó de horror tu fantasía.

El hedor de la muerte pendulando
entre casas y cartas y ovalados
retratos de doncellas que, surcados,
en su mar interior van navegando.

¿Fue el oscuro animal que te anunciara
con su nunca jamás la suerte rara,
de tener que espantar los maleficios?

¿O es que en tu corazón ya no latían
las máscaras del mal que enrojecían
en el pozo sin fondo de sus vicios?

Pablo Neruda

Altura de un poeta que desciende
a los simples abismos de lo bello
que le canta y encanta todo aquello
que de su elemental genio depende.

Ha tentado los vientos de su isla
con tiernas confesiones en voz alta,
memoria de un amor que sobresalta
que desespera, triste y que se aísla.

En oscura y secreta residencia
donde solo convive, con paciencia,
¿has de nacer para morir de nuevo?

No a la manera en que tu falso nombre
hizo infinito de entusiasmo al hombre
confiado en los latidos de su evo.

Gabriel García Márquez

Como si arte de magia en un segundo
surgió la luz un día de tu pluma
coronando el esfuerzo: la gran suma
de todo creador de un nuevo mundo.

Soledad de cien años no es por vida
ni cuerpo de ser vivo hay que resista
infinitas batallas y persista
en perder una guerra ya perdida.

O es la imaginación, ¡oh grande cosa!
que Dios nos otorgó tan poderosa
para ser como Él: su fiel reflejo.

O es que volaste acaso, sorprendente,
regalándole vida a tanta gente
como duplicaciones de un espejo.

Octavio Paz

Paz, que en suaves palabras he mirado
a tus propias palabras encendidas,
aquellas que creías ya perdidas
¿o era que el ruido las había cegado?

Libertad de un amor que se condena
a la luz bajo el fuego de su suerte,
la vida que no espera sino muerte,
soledad que a sí misma se encadena.

Entre esos laberintos yo te encuentro
¿afuera de tu mundo o muy adentro
de aquel otro que apenas conocemos?

El fluir armonioso en cada verso
y, entre aguas de ese río, el universo
de la paz inefable en que nacemos.

Dante

Has visto el paraíso y no lo creo
porque solo lo pueblan los humanos
que envueltos en afanes cotidianos…
pero… ¿sinceramente es lo que veo?

Viajar con las sentencias que releo,
regalando castigos con su mano,
guiándome de igual como un hermano
por todo el purgatorio me mareo.

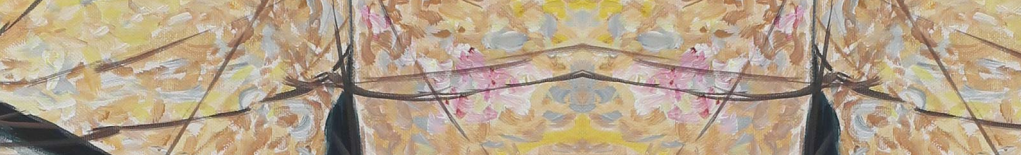
La esencia del infierno no es la pena,
es lograr que el afán de tu faena
traduzca la existencia en poesía.

No he vuelto a verme solo de repente
ni a conjurar la nada en esa fuente
que me ayuda a escalar un nuevo día.

Juan Carlos Oneti

Bohemio y soñador, fiel caminante
por las sendas de un drama que perdura,
tu semblante se tiñe de amargura
por la dicha de ser un trashumante.

Amigo de la noche y sus sonidos,
de eternas madrugadas sin descanso
naufragando en las aguas de un remanso
que se transforma en furia en tus oídos.



No son pocas las veces que fugamos
y en ausencia del hoy siento sus manos
querer aprisionarlo en el recuerdo.

Leal a los lugares donde anduvo
(incondicional siempre adonde estuvo)
¿podía concebir que estaba cuerdo?

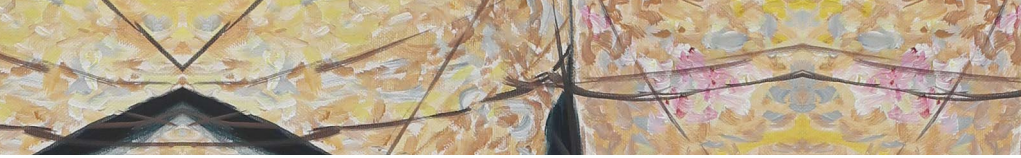
Juan Rulfo

Te has sentado a soñar sobre la luna,
a mirar esta Tierra desde arriba:
tan hermosa, tan bella, que se escriba
(si se puede) mejor, ¿habrá ninguna?

Alucina esa esfera tan pequeña
reventando de pronto y muy redonda:
no hay lugar donde tu alma no se esconda
a aprender lo que ahora nos enseña.

Nos informas tal vez de aquella vida
con tu forma sutil y divertida
cual si fueras aeda de otros vientos.

Nos señalas acaso ese camino
al que se ha adelantado tu destino
dejándonos viviendo entre los muertos.



Cervantes

No pensaba jamás que alguna nota
convertirse pudiera en poesía
logrando que tu magia y fantasía
puedan recomponer el alma rota.

No le importan el triunfo o la derrota
como coronación de su jornada,
has de entregarlo todo por la nada
desechable ilusión de ver qué brota.

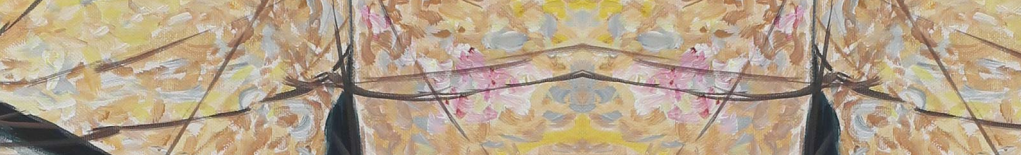
Bien sabe el creador en su paciencia,
cual si de un loco fuera la inocencia
dónde, cuándo, qué tierra es la que pisa.

¿Quién podría saber cómo presiente
los pasos que marcando va en su mente
con la sola intuición de una sonrisa?

Homero

Si se calla el cantor, atormentada
su voz, que fue apagando poco a poco,
¿no serías más bien un pobre loco
que le pagó al amor todo por nada?

Y aún pide perdón para su amada,
La diosa poesía, en el desierto,



que le regala de algo casi muerto
que se convierte en vida renovada.

Ya ni heridas ni culpas lo atormentan,
los adioses de aquellos que lamentan
jamás dejar de ser su fiel testigo.

Ha olvidado la fe, perdido el mundo;
enamorado vas de otro profundo
y eterno cielo azul, ángel amigo.

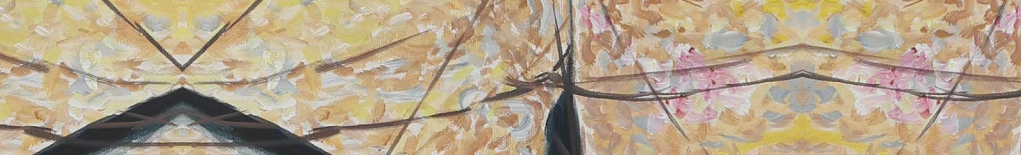
Shakeaspeare

Se proyecta tu voz en otro cuerpo
tu rostro en algún rastro que estremece
en el alma del fondo que se mece,
que te arrastra a nacer en otro tiempo.

Ángeles hay: emergen de tu boca…
¿son aquellos los cuales trasladaron
la ausencia del espacio en que brillaron
a la magia de un cielo que se toca?

Es tu sombra que asciende o que desciende
por sutil escenario que pretende
ser la muerte o la vida sin consuelo.

No es sino voz de lejos que te acerca
a llenar el espacio de esa terca
constante soledad con paz de duelo.



Carlos Fuentes

Transcurre la conciencia del presente
en dirección futura y firme enlace,
o como si el pasado se entrelace
con un río que va siempre de frente.

No lo detiene el tiempo de la historia,
que discurre, diverso, en el espacio
de un múltiple universo, que despacio,
pareciera arrastrar toda la escoria.

Eterno en su fluir el tren avanza:
¿persiguiendo tal vez una esperanza
que no mira hacia atrás ni para juego?

Tu marcha no aminora un solo instante,
es porvenir de un aire que, constante,
no termina jamás: inmenso fuego.

Hemingway

Si el destino fatal no le adornara,
con tu vigor sería suficiente
para pescar en ese mar ingente
sea cual fuere aquel con quien andara.

Podía transformar a cualquier tema
que su mente pusiera en evidencia,

la nobleza de un ser que, en su sapiencia,
no traicionó jamás a su fiel lema.

Paciente como nadie, en su momento
tenías como luz del firmamento
para hablar del presente y el futuro…

Tu fantasma, cual sombra de su casa,
nos hará recordar que aquel que pasa
es como el viejo roble: eterno y duro.

Julio Cortázar

Tu materia inasible se tornaba
(su espíritu filtraba poesía),
y eras tiempo, eras voz, filosofía…
mas algo había en él que lo acercaba:

¿Era acaso tu sabia cortesía,
tu eterna juventud que nos hablaba
de tan variadas cosas que dejaba
la esencia de su ser en cada día?

Y ahora que te veo en el recuerdo
con tu perfil de niño casi cuerdo
marchando a la aventura de otro espacio...

¿Tal vez en otros mares vas surcando
con tu mente no-muerta dibujando
cronopios que se van siempre despacio?

William Faulkner

Nos propone tu genio nuevos retos
de una técnica leve que se afina
de la manera misma en que combina
solo en tan pocas líneas sus secretos.

¿Inventó aquellos saltos tan escuetos?
no lo sé. Pero aprehendo en cada cima
esa magia sutil con la que lima
su prosa de infinitos vericuetos.

¿Desde qué lejanías llega el arte
que nos brindan las furias como parte
de un sonido que atrapa a su captores?

Convertidos de pronto en el camino
que tu pluma trazó como destino
de un lugar que es razón de sus amores.

Fernando Pessoa

Para crear un mundo debe darse
que tus ojos no sepan que lo hacemos
en el hecho de acción en que yacemos
los que a tierna pasión han de brindarse.

Como el alma se entrega sin reposo,
el cuerpo cederá más todo el resto:
caerá sin prejuicios ni el molesto
demonio aún latente de tu foso.

En la noche de insomnio, en la primera,
si es difícil de hacer una quimera,
el poema no nace todavía…

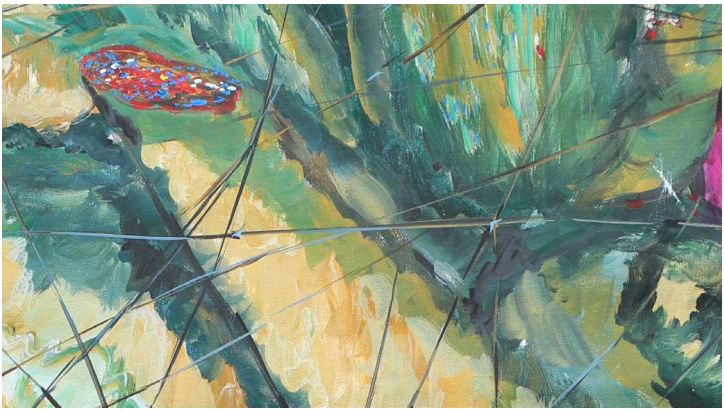
Horadada no está la certidumbre
que a la luz excitante de la lumbre
se ha de prender por fin en este día.

César Augusto Téllez. Perú

Presidente de la Casa del Poeta Peruano. Miembro de la Asociación Latinoamericana de Poetas. Licenciado en Literatura y Lingüística por la Universidad Nacional de San Agustín, Perú. Corrector de estilo en el diario *La República*. Ha publicado obras en diferentes medios de su país y a nivel internacional.

Poesía
Tercer premio

Héctor Fernando Cortez
Colombia



Guambial

Ensoñación

Al otro lado de la pared hay un quinde que parece nombrarme.
Pego mi oreja al cemento frío en busca de sus vocales.
Mis manos palpan el follaje del poema y parece que existo en la piel de quien me inventa.
¿Quién acompaña tu canto cuando estás solo?
Hay una noche condenada al olvido en esta casa que envejece conmigo.
Ya no lo escucho.
¿Quién siente ahora cuando el canto ya es de día?
Somos de todos, excepto de quien no escuche cuando algo nos nombra del otro lado de esta pared...
de cualquier pared que nos habita.

¡Río!

La montaña de mi infancia tiene los brazos rollizos y sus cabellos mojados.
Miro mis ojos en los suyos. Tengo sed.
Con agua se llena la cuenca de su espalda y se deslizan sus arroyos por mis muslos.
Nacen juncos en mis piernas y tengo charcos anudados a mis tobillos.
El hombre que bebe del pasto tiene el cielo a sus pies.

Soy un pájaro que va muriendo mientras aletea y chupa el néctar de las nubes

Lo soy desde siempre.
Desde el tiempo en que mi primera pluma se confundió con los helechos del barranco de mi casa y mis patas se hundieron en un aguacero de diciembre.
Mi sangre es la savia de los cafetales que hay junto a mi nido. Ríos de barro son mis venas.
Picoteo mi pecho cuando tengo sed y en cada gota encuentro un par de jaulas rotas.
Soy un pájaro café, como el suelo que me abriga y me consume. Lo soy porque mi vuelo es lo único que queda.
Tan salvaje como mi propio canto que alumbra las raíces de los árboles, y humedece las palabras con las que destruyo mis huesos.
Porque mi vuelo es subterráneo y resucito con los truenos.
Porque el fuego se convierte en carne mientras canto, y beso la sal que me devora.
Un pájaro de tierra.
Mi lengua es de agua y me arden los ojos por estas líneas que salen aleteando de lo más profundo de esta piedra:
mi vuelo.

Cecilia tiene los ojos perdidos, y se confunden sus manos en las hojas de plátano secas que hay a sus pies.

No puede con el silencio de su hermano que arruga el rostro echándose a su espalda la estopa de café recién cogido, y llora.
Yo creo que él a veces escucha a la gente murmurando sobre la tristeza se sus hombros y sus pasos, pero agacha la cabeza y sale al patio.
Mi tío abraza y trepa los árboles, les susurra a los pájaros bajo sus alas canciones que nunca existieron, solo en su mudez de niño.
Entonces, la garganta y los ojos de mi tío quedan limpios, arriba, como si el mundo también estuviese sordo, suspendido como una naranja tierna y madura.
Así bajo a buscarlo. Me besa y sus manos ásperas apretando mis mejillas me cuentan lo sabroso que huele el mundo desde allá.

"Nuestro deber es ser interprete. / Vuestro deber (y el mío) / es nacer de nuevo."
- Ernesto Cardenal

Este silencio mío pesa como cien muertos.

Cinco tiros le pegaron. Primero uno en la espalda para que cayera.
Yo vi desde el matorral que hay junto a la alcantarilla cómo le despedazaron la lengua y le reventaron los ojos después de haberse perdido su respiración por los poros.
Calladito estuve yo, acurrucado entre la maleza, frío como el palmo de mi machete, tirado de la peor forma.
Pasaba todos los días frente a la casa en un caballo castaño. Le daba dos golpecitos en el estómago y afanaba el paso.
En la tarde, un poco más despacio, lo veía con unas cuantas gajas de plátano amarradas en la cabeza de la angarilla. Ayer, antes de que yo también cogiera camino, pasó él. Llevaba un radio

a la altura del pecho, y no saludó. Siempre anticipándose a la desdicha.
Bien pudo ser mi numero 22 quien le mutilara la palabra y el paisaje a tantos, quien regara de sangre y sombras los barbechos tiernos de la vereda. Pero no. En mi cintura estaba, exhausto de escribir y de haber sido mi voz en los cañales.
El filo de mi machete es mi trinchera y el barro pegado a él, mi abecedario.
Gritos. Pasos. Senderos que saben que la sangre es fértil y que las flores son palabras que el agua le roba a la muerte.
Este silencio mío pesa como cien partos.

Me he echado a andar porque también me persiguen dolores antiguos.Porque no he logrado desatar de mi frente este sur melancólico y necio lleno de brisa, lleno de polvo.
Solo recuerdo que un día mientras jugaba descalzo en la escuela perdí sin conciencia el último pedazo de ternura que me dieron, y desde entonces me ando buscando debajo de la piel y el palpitar de otras gentes.
No me quedo.
¿Qué hago con la crudeza de mi carne?
¿Cómo compensaré tanto aire, tantas babas, tanto rodar perdido, si me quedo aquí, viendo cómo da vuelta mi sombra alrededor de mi cuerpo fresco?
¿Qué contestaré si un día a alguien le da por pararse frente a mí a recriminarme los días en los que mi voz tuvo que ser lejana?
¿De dónde podría yo sacarlos, de dónde reponerlos? ¿De dónde sacaría yo "lo importante" si no lo supe ya, si no tengo callos en mis pies, ni rotos los zapatos?
Me he echado a andar porque la sangre me arde y tengo frío en las noches.

Y nadie me espera, solo el camino.

El aire me canta,

viene a mí,
se golpea en el vidrio grueso de mis gafas.
Las rompe.
Entra
y alza vuelo en mis ojos.
Caen los parpados. Todo oscuridad.
¿Qué han hecho de ustedes, señores de las ruinas?
¿Quién les mutiló los labios y las manos?
¿Quién la sangre?
¿De cuándo acá el color no existe?
¿Cuándo se tragaron los dientes para que no florecieran en sus rostros las sonrisas?
Habrá que buscarles algún uso a los escombros que nos caen del cielo.
Algo con los pájaros, por ejemplo.
Con todo el aire que se juega a la suerte.
Tantas luces disecadas en las trochas tiradas en el barro como niños muertos,
húmedos,
estériles destellos de sueños.
Y nosotros seguimos esperando alguien que nos agarre la mano y diga
"vamos".
¡No! La canción no se hizo para dormir.
Las canciones del aire vienen a mí, se golpean en el vidrio grueso de mis gafas.
Las rompe.
Entran
y alzan vuelo en mis ojos. Tiñen de su cielo mi voz.
Urge abrir los ojos y cosernos los dedos,
ponernos un par de alas que encontremos en la calle tiritando de frío

Y pegarlas en el pecho nuestro…
en el de nuestro hermano.
Abrir los ojos y alzar el vuelo desde el pecho,
ese: el único pedazo de pan que nos queda.

Estamos perdidos,

con la boca llena de hojarasca
sin poder gritarle a alguien que nos socorra
y diga que nuestros ojos no están condenados a marchitar tan pronto,
que las hojas blancas del patio son lindas
y que ese es motivo suficiente para abrir la puerta
y sentarse en el pasto mientras la tarde se nos estalla en la frente.
Ahora hace frío.
Las ramas de un árbol que golpea la casa nos susurran que deberíamos ser más grandes que el tiempo,
que deberíamos saber que la sangre ajena también salta con nuestros latidos,
que el polvo que hoy llevamos a cuestas lo masticaron “esos”, unos otros,
de un pasado no muy lejano
que todavía nos hormiguea en los huesos.
Posiblemente mamá ahora esté llorando en la cocina al no encontrarse.
También quiso ver por la ventana la nube que subía por sus pestañas y que cubre la roblada.
Tal vez esté pensando en que quién sabe mañana,
o en aquel niño a quien su madre le atravesó de costado a costado el estómago.
Yo no puedo hacer nada,
ni agarrarle la mano,
ni cerrar la ventana,
ni decirle que las nubes no pesan tanto,
porque,
a fin de cuentas,
también el mundo está perdido

Nada existe

Ni el lodo que cubre mis labios,
ni la cordillera que transita por mi pecho.
Toda la espesura de los árboles
y los pálpitos que recorren sus hojas.
Todo está lleno de silencio,
hasta el ruido de quien jura.
No vale la pena esta angustia,
y tanta carne guardada en las mejillas,
ni la música que se escucha al otro lado,
ni esta casa que se derrumba con el sueño.
Ese paisaje que creemos tan nuestro,
esa montaña que se precipita con la tarde:
todo es un eterno desvanecerse.
Un subir y bajar de nubes y estrellas.
Estas manos que escriben el poema
ni siquiera saben que están muertas,
aunque tengan lágrimas,
aunque tengan flores.
Nada existe.
Mucho menos la voz de la palabra.
El poema nace
para seguir muriendo.

Héctor Fernando Cortez. Colombia

Campesino y estudiante de último semestre de Comunicación Social en la Universidad del Cauca. Oriundo del municipio de La Vega, Cauca, es integrante del semillero de escritura creativa y creación literaria a cargo del escritor Felipe García Quintero. En la actualidad se encuentra en el proceso escritural de su primera novela *Parar sin pausa*, proyecto que pretende dar cuenta de las movilizaciones sociales en el suroccidente colombiano en la década de los noventa.

Poesía
Mención

Ediel Pérez Noguera
Cuba

Historias de la sobrevida

Somos intrusos numerosos desgraciados
sobrevivientes
supervivientes
CRISTINA PERI ROSSI

…tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve…
JOSÉ MARTÍ

Proemio

Este pudo ser un diario, un duelo de historias borradas. Cuánto callé o maldije en el destierro de una habitación. Cuánto tragué y regurgité sin que alguien augurara una consecuencia. Seña, aullido, mancha en el muro: todo lo predicho y roto y olvidado. Ahora se revela para ser esta fábula, que acaso me sobrevive y miente.

Isla, 28 de enero de 2015.

Cara al sol

Al suplicio de uno
suma el desencanto del otro —
y el día se va por esta fosa
sin verso ni enojo.

Mi cabeza en la niebla,
en la ciudad sin aguacero,
quiere aullar y sopla
hollín del asfalto.

Vamos a dormir si es que se puede,
tapados por la sombra
o muertos de risa contemplemos
cómo se atraganta
de historia la mirada.

La vuelta al mar

Sobre la bahía
el ojo,
el ave en la punta de mi pestaña —
vuela sobre las estatuas y el hierro de los cañones.
Siento la pólvora en mis labios,
los gritos del batallón.
Siento el sol a plomo
donde el ala es furia sobre los bastiones.
Entro en el mar
con el puño y las sombras de quinientos años.
Nunca he visto corales.

Nunca he visto peces.
Los tesoros de la isla se han ido.
La superficie ciega, el sol
como un signo se diluye.
No se puede volver:
lo saben quienes anclaron un día.
Entro en el mar y desaparecen mis manchas.
A lo lejos
una protuberancia gris.

Isla, 1989

Las cañas vienen y van
y yo leo revistas del este
para niños que recitan los versos de la dialéctica.
Leo guerrilla, niños de Chernóbil.
África agoniza.
América esplende en su vidriera.

Salva isla, sálvalos a todos:
evoca a tus muertos y salva,
sacrifica a tus vivos y salva.

Yo te doy mis siete años,
el viejo papalote que no alcancé a volar.
Te doy mi ración y mi dibujo —
en él están las palmas y los héroes:
ellos saludan con sus manos de titanes
sin ver el gris que se derrama desde una esquina y les tapa el rostro.

Una sombra hay también en el rostro de mi padre
y en el busto
y en la voz de los que cantan un himno machacón al comienzo del día.

Salva isla, sálvalos a todos:
elévalos por encima del tricolor,
llévalos donde sopla un viento sin roña
y donde una paloma no se estrella contra las ráfagas.

Tengo siete años y escucho un horizonte que se derrumba sobre un signo.
En la escuela nos dijeron que el horizonte no podía caerse.
Me hicieron levantar el puño —el frágil puño de niño—
y jurar entre símbolos y nombres.

Yo anduve entre las cañas sin saber lo que pasaba.
Tardé diez años en romperme la cabeza contra los arrecifes.
Tardé veinte años en ver el fondo sin raíces de la isla.
Vi en el espejo al recluta de mi padre,
en el mar,
en un barco de la marina siempre a punto de una guerra.
La guerra nunca vino pero su rostro se derrumbó como un muro.
Fue un vuelo de palomas espantadas.
Mas la isla sin raíces siguió su viaje,
y el niño entre las cañas,
sobre la arena,
con su cabeza abierta contra los arrecifes,
con sus ojos perdidos en cien miradas,
el niño intocable siguió su viaje.

Y a lo lejos el canto de la isla le susurra:
salva niño,
escribe sobre nuestra piel,
danos tu fijeza,
danos tu labio.
Y en la brisa se escucha el “así sea”.

Taxonomía de un culpable

La culpa tiene dos caras:
la mía, frente al paredón;
la tuya, obligada a ver.
Los otros tienen desayuno
y hasta un mitin antes de dar la voz.
Pero la culpa vuela (colibrí que no se deja apresar),
se sube sobre el pecho hundido
y canta.
La culpa sigue girando después del aldabonazo
y aún después de que los del pelotón se marchan.
Vuelve a verse en el campo,
sobre la cabeza del niño.
Eres el perseguido de la culpa,
y nadie que sea un perseguido puede escapar —
entre una marea y otra,
arrinconado y viendo lo que se te encima:
norte y sur, arriba y abajo —
el rostro definitivo de una sentencia.
Dirán:
pónganle un epíteto, algún gesto,
que no digan que no tuvo su dictamen.

Una lección de historia

Cuando no hay nada que hacer
puedes visitar los museos,
subirte a los viejos tanques,
ser tú mismo un dispositivo.
A veces, de golpe, todo vuelve:
te persigue aquella bala y el discurso
ciego frente al mar.
No culpes a nadie porque el libro
no fue la verdadera historia.
No digas que un error te hace inocente.

Ser torrente

Al desterrado una isla,
un horizonte como no lo verán sus padres.
Ahora es tiempo de volver y no sabe
si le espera aquella piedra,
el rostro detrás del uniforme.
Cambian o no los discursos
y el día torna a ser en la ventana
nieve sobre un sol lejano.
Vuelve el remo y la noche clandestina,
el árbol que durmió en sus ojos —
salto y dicha.

Poema clandestino

Por mucho estuvieron en sus escondites
escuchando en la radio ajena
las noticias
olvidados y hambrientos
esperando una señal.
La señal no llegó
y sus dedos
se cansaron de teclear una carta
de apretar el cigarro contra un nombre.
Una mañana atravesaron el jardín
temerosos del insulto o la piedra.
Pero nadie los reconoció.

En el parque de su infancia
pasaban los muchachos
sin lemas ni botas
tan líquidos en el paisaje.

La muerte de los héroes

En el aniversario ellos nos vigilaban
desde algún sitio cuando poníamos las flores.
Era nuestra manera de ser
"un héroe de la patria".
En la casa colgábamos fotos de los héroes
junto a los muertos de la familia,
y en el jardín las rosas llevaban sus nombres.
Nunca supimos a qué noche se marcharon
ni por qué al final no nos convertimos en ellos.

Isla, 1993

El hambre nos hizo leves
como hojas de un lado a otro.
Conseguir antes de la noche
100 calorías.
Con la raíz, el espinazo hincándote el sueño.
100 calorías que no alcanzaban
para leer los titulares.
El hambre en las oficinas y las tribunas,
rastrojos que alimentaban la raíz amada.
De un lado a otro de la isla solo para juntar sus 100 calorías
para gritar apenas cuando nuestro peso pesado tumbara al enemigo.

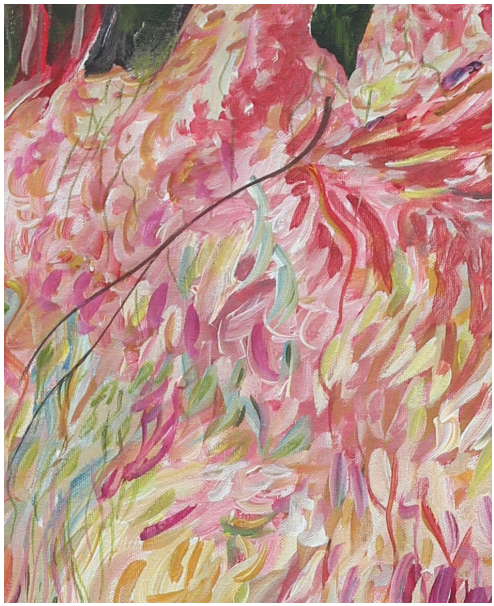
A un poeta

Cuida a tus viejos.
Cuando el país se derrumba o piden tus manos,
cuando todo se reanuda en las esquinas
y tu nombre resuena en altavoces,
cierra las puertas y cuida a tus viejos.
Cuando recitan aquellos poemas
de la memoria de algún exministro
y hay himnos nuevos
y jóvenes que gritan y golpean
y teorías y líderes y palomas.
Cuando pasan frente a ti
y la puerta quiere caerse,
no te levantes,
toma esas manos venosas y piensa una guácima,

una ceiba de las que ya no se ven.
Los días serán iguales a otro tiempo
y tú quedarás fuera
donde nadie podrá expulsarte.

Alzado

Miro a lo lejos una protuberancia.
Aún puedo ir, ser
el héroe que aguardan.
Voy abriendo camino.
Subo y subo y mi barba crece.
Llego a la cima y me compadezco.
Por primera vez miro la isla
lo que llega sobre la epidermis:
indios, calaveras, razas,
un pez que asoma su cabeza a cada siglo.
Sueño y sueño y mi barba crece.
Quieren recortarla y se les fuga entre los dedos.
Ha sido una barba inofensiva
y se ha vuelto desobediente y peligrosa.
La cortan y renace.
La cortan y renace como una maldición.
Concluyen que el único modo es subir
y arrancarme la cabeza.
Ya se están armando.
Aprieto el guámparo y digo la palabra:
detrás de mí, el templo.



Silva

Formados como ladrillos
—lápiz o fusil—
solo el paisaje
otra vez
nos salvaba.

Ediel Pérez Noguera. Cuba

Licenciado en Estudios Socioculturales y Magíster en Procesos Culturales Cubanos. Premio David de poesía 2016. Premio Casa Seoane de poesía en su primera edición. Premio Sed de Belleza, de ensayo, 2016. Mención en el Concurso de Reseñas Literarias Segur y segundo premio en el Concurso de Reseñas Literarias La Liga, ambos en el 2016. Ganador en el 2017 del Concurso de Reseñas Literarias Segur. Fue mención en el Premio Calendario 2018 en el género de poesía. Publicó en el 2016 el libro de ensayo *La fuga de una línea mágica: el sentido decolonial de la poesía de Ángel Escobar*, por Ediciones Sed de Belleza y los libros de poemas *Arca*, por Ediciones Unión, en el 2016 y *Diario del límite*, por la Editorial Unicornio, en el 2018.

Ángel Marino Ramírez Velázquez
Venezuela

Poemas dactilares

Pulgar

Mi nombre es Pulgar,
embalo el gozo de la misión.
En mis gestos providentes
deambulan la vida y la muerte.
Mi curiosa forma, pareciera infringir
la simetría de un planeta,
digamos que me califico
como el eje del planeta "Pentadedos".
¿Quién podría reprocharme?
El pequeño
lobato de una manada,
puede ser débil
y puede ser fuerte.
Ningún espejo retrocede,
más bien desafía su propia pasión.
Siempre sobrevivo
a los ecos de mis hermanos.

Insulto los prejuicios del tamaño.
Deshilacho las costumbres de la estética.
La soledad del alfabeto no me corresponde
y a la lágrima la aparto con desdén.
Mi postura erguida es victoria.
Vibra el aire con mi caricia,
tiembla el sol con mi presencia.
Mis sombras son mis huellas
preocupadas por asir.
No espero nada pues yo soy la espera
donde germina mi propia soledad
y no importa, porque mi cuerpo
ya es el estereotipo de la resistencia
nacido del álamo de la creación.
A veces toco el bordón de Dios
sobre las vértebras
de mi propio rostro.

Índice

Tú dirás que soy
el dedo acusador.
El segundo de la dinastía,
un extremo dilatado
de cuatro pilares.
Para mí, solo soy un dedo
cuya brújula imprevisible
predica culpas.
No me importa mucho

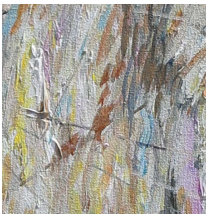
la ansiedad del resto,
pues mi carácter
llama la atención
cuando la atención llama.
Hoy me parece obvio
el pretexto de siempre.
Soy de esos que injerto
en un sarcófago, al viento.
Quizás, porque asumo
que el verbo solitario
no disfruta de la excesiva
distracción de una advertencia.
Resalto cualquier verdad,
hasta la verdad de un espejismo.
El lápiz, es el cómplice
de mi indudable liderazgo.
Por cosas de anatomía simple,
me tocó ser el del gatillo,
al cual acciono sin piedad
para transformarme en un cándido
filósofo de la muerte.
Cuando puedo,
escribo en la pizarra del aire,
escribo con 14 versos
que derraman mi
sonetizada amargura.
¡Soy el capitán del tacto!
¡Soy el almirante del alzado gesto del riesgo!
Mi caricia es franca,
el problema es ese movimiento de cascabel
con el cual hipnotizo la curiosidad del hombre.

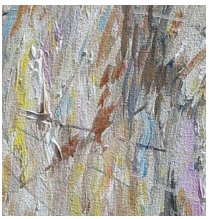
Medio

Mi nombre es Medio,
soy el dedo obsceno,
¿Por qué me llamarán así?
Si la palabra implica santidad,
los gestos también
deberían implicarla.
Puedo recibir disculpas.
Sé que algunos tienen
una perspectiva cuadrada.
Mi presencia
anula el pellejo
de la otredad.
¿Será que Aristófanes,
quiso convertirme
en el huérfano
de la arena libre
o que en mí la fiera
proyectó su debilidad?
Soy abundante,
y la abundancia
suele deshojarse
en trinos de autoridad
o en trinos saturnianos
que apagan
esa inconformidad.
El purgatorio de mi fama
le arrendó una página
al resentimiento,
aunque la humillación
del chiste malo
me persiga.
seguiré cargando
mi cruz didáctica,
es lo más lógico,
puesto que vivo
en un barrio
de menores.
Soy don Medio,
¡la falange de falanges!
Bendita sea
mi cúspide distal.

Anular

Como Anular sé,
que el cuatro
es un número de suerte.
Como Anular sé,
que al devolver
una mirada elegante,
lo haré con una arrogancia
de desfile.
Mi doctrina es aderezar
el vuelo de la memoria.
Jamás me han seducido
los criticones de vino.
Hago mío el aceite
del aroma nupcial.
Por eso, cuando
me visto de anillo,
sé que represento
una fiesta del alma
y no un hipotético
traje de piedra.
Estoy consciente,
que, a fin de cuentas
se rompen los floreros.
Por cierto,
el vocablo anular
es un juego de letras
que una inquisidora luna
copió,
pegó
y acomodó a su gusto.
No me extrañaría
que la Galaxia Anular,
sea un homenaje
a mi apuesto traje dactilar.
En fin, alguien debía ser
el "Pachuco" de la pandilla
y ese soy yo.
Dios no se atreverá
a sentenciarme;
soy el dedo más creyente,
el que dice amén.





Meñique

Mi nombre es Meñique,
un nombre
de peluche.
Meñique,
inocente
palmera.
Meñique,
don mozalbete.
Meñique,
el benjamín.
Mi nombre es Meñique,
débil tormento.
Meñique,
repique,
cacique,
alfeñique.

Afecto de todos,
pulgar de auxilio,
estampa fresca,
rara caricia,
aguda destreza,
pacto de uña,
liebre de lana.
Descubrí
que soy el dedo
favorito,
el tiple de la mano
el de la figura eterna
el ansia de la aventura.
¡Qué nadie se
ponga celoso!

Ángel Marino Ramírez Velázquez. Venezuela

Es egresado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador de Venezuela, como profesor de Lengua y Literatura con mención *Summa Cum Laude*. Magíster en Gerencia de la Educación. Ha publicado varios poemarios y libros de cuentos y relatos. Algunos de sus poemas han sido premiados en concursos literarios de España, Argentina y Brasil. Recientemente, recibió el Premio de Poesía Regional Francisco Salazar Martínez, de Venezuela. Gran exponente de la poesía improvisada en su país e investigador de la poesía popular. Por otro lado, ha sido invitado de honor en distintos encuentros culturales en Cuba, México, Perú, Argentina, Brasil, Chile y Colombia. Actualmente es profesor de Lenguaje y Literatura en algunos colegios de Santiago de Chile.

Poesía
Mención

Fernando Chelle
Uruguay

Luna en el agua

Hay en el poema una convocatoria de palabras que me habitan. Sin embargo, no vienen a decir lo que no sé, aunque siempre signifiquen y me enseñen. Están ahí, en el jardín primitivo que me salva, porque son bellas, o mejor, porque crean la belleza con su encuentro. En el poema tejo, con la misma sustancia de los sueños, con las palabras, una urdimbre primitiva, desconocida, un canto casi ajeno que desafía al tiempo.

El autor

Presentación

Entre abstracciones pasadas y futuras
desde un abismo real que se deshace
fugándose, devorándose como serpiente
como ese hachero rey de Tesalia
soy y contemplo lo que he sido
caminando al que seré
al que contemplaré cuando no sea
desde atrás de estos ojos
marchitando y creciendo
cediendo hueso y piel
pero bruñendo el canto
más allá de un puñado de palabras

Atrevimiento

No sé de este llamado de palabras,
de esta resurrección apócrifa de roídas imágenes
con la que reconstruyo la vida que más quiero.
Siempre como un obrero fabricando artefactos
para que se detengan a contemplar el tiempo
aunque yo nunca sepa el final del poema.

El tiempo es el ahora

Este es el tiempo de mi poesía
voz de todos los tiempos que me habitan
y a su vez
palabra cómplice de todos mis hermanos.
A lo lejos, suena dulce una guitarra
y me trae el recuerdo de ese oboe
verde como pradera
como el silencio de los campos.
Este es el tiempo de Homero y también el de Bécquer
porque el himno gigante y extraño
siempre es presente
ya que todas las voces se vuelven un ahora.

Alumbramiento

Hay que tener buena mano
y estar dispuesto a la gracia
dejarse seducir por el misterio
guardado en la caída de una hoja
porque así es el secreto
del hijo que te engendra.
Hay que guardar la calma
cuando todavía es sueño
y vive en los ocultos
dominios de la sangre
hasta que sea una forma
compuesta de palabras
descansando en un verso
gozando de la luz.

Sobre la faz de las aguas

Como esos gritos que habitan
la desolada bastedad del mar
son mis recuerdos,
y el mar, como la rosa, es sin por qué
renace porque renace
es porque es
y esa es la cuestión
el origen
la poesía
renace porque renace.

Alas de sangre

Allá lejos y hace tiempo
del misterioso corazón del poeta,
como un río ciego de pájaros rojos
soñando con cielos,
llegó la poesía.
Fue como un eco, un grito sordo derramado,
apenas una brisa de la bandada
solo una pluma de pájaro en la luz
tan solo un fragmento
de la inmensa noche.

Fascinación nocturna

Como una misteriosa ofrenda de plata
fluyendo en el oscuro rumor del agua viva
allí, donde se mece el secreto de los juncos
en una geometría anárquica de sombras,
viertes la blanca ambrosía de las ranas.

Como un delirio susurrante de lustrados camalotes
donde descansan las huellas de las garzas
se disipa soñando con orillas
la cifrada urdimbre que derramas
desde la inmensa noche donde reinas.

Las entrañas y el tiempo

Bajo el lomo de brillante pez nocturno
más allá del pecho líquido y sin ramas
tiembla el espejo del tiempo.
Sumergido en un devenir de ondulante luz
renace como dama de la noche ante mis ojos
y allí permanece, en su intermitente presencia
de panóptico eterno.
Cada noche, el brillante pez nocturno
serpentea el tiempo y se disipa
con un embrión de la luz en las entrañas.

Lluvia de enero

La lluvia es un repique de tiempo,
como un agua de barrio que
cae sobre la tierra de la memoria
y encharca los recuerdos
con su canto líquido y de altura.
Es un pincel celeste en las paredes,
un látigo de vidrio sobre las hojas
que se desprenden y caen sorprendidas
cargadas de misterio y de poesía.
Es un río caudaloso con los barcos de la infancia
donde la triste realidad de los periódicos
naufraga, en el milagro danzante de las aguas.

Continuidad de los patios

¿Será que todas las infancias son recuerdos de un patio
basto como la noche y más largo que la vida?
En mi verde infancia,
los patios de la memoria se continúan
y llegan hasta esta página
como los robles de la cabaña del monte
hasta el terciopelo de aquel alto sillón.
Son largas extensiones de flores y conejos
con horizontes de perros y
sombras que picotean la tierra
hasta perderse en un pino inclinado donde viven los pájaros.
Todos los patios de mi niño son un gran patio
soy testigo de enredaderas, de enanos de jardín
de naranjos que al evocarlos adquieren color y movimiento.
¿Será que todas las infancias son recuerdos de un patio
basto como la noche y más largo que la vida?

Pedazo de papel que me regaló el viento

Todavía en el patio las hojas murmuran con el viento
algunas, al desprenderse de las ramas,
caen arrítmicas y silenciosas, esquivando invisibles,
como esas mariposas que entregan al río su tiempo de serpentina.
Todavía en la falda del cerro mi abuelo toma mate silencioso como una sombra
bajo el árbol donde viven los pájaros
donde sus manos viejas de animal manso, rugosas como los troncos,
se encaprichan en componer las mañanas.
Todavía remonto las casas del barrio en esa cometa que construyó mi padre
desde donde veo el lomo brillante y sin ramas del tiempo
disiparse lleno de luz, lleno de ojos, lleno de gritos.
Todavía al invierno lo bebo con el vino de la amistad
alrededor de una mesa con pan, humo y carcajadas
donde la belleza natural de lo trivial y de lo corriente hace su imperio.
Todavía los plátanos cabecean en la plaza
cubren el banco donde me miro en sus ojos
donde escribo esta página,
amarilla.

Diagonal Santander

Voy a escribir el poema
que no pude escribir cuando quise escribirlo,
sentado en un café, con mi revista impresa,
anacrónica, intempestiva, mirando la avenida.
No lo pude hacer, ante el rostro múltiple y fastidiado del calor,
desde ese sitio aireado y panorámico.
Una sombrilla roja como un fruto de sangre
me recordó la costa
un cartel llamando a la barbarie
de no sé qué corrida me recordó a Macondo
a mi espera cataquera, resistente a la sangre,
debajo de unas gradas
donde se apretujaban los Buendía
y los poetas
que no son como yo.
No lo pude escribir
rodeado de murmullos
sonidos electrónicos
y caras satisfechas de café granizado.

Ahora, no recuerdo el poema
que no pude escribir cuando quise escribirlo.
Quizás viva fragmentado en textos posteriores
en versos escritos sin la impertinencia vital y literaria
sin la interrupción de la sangre violentada.
No lo recuerdo y duele
eran versos de amor.
En estos días

en el antiguo andamio de la lengua
en el aire, sonando sola, se soporta la palabra
lo demás es el encierro
del hombre el necesario yugo
que la somete
el imperioso triunfo a la memoria
donde descansa la literatura.
Más allá del papel y la anquilosada tradición
de las pantallas y las conservadoras resistencias
lo inaprensible de esta vida canta.
Así que, nada de perros del hortelano
ni de volver con la frente marchita,
porque, cual la generación de los hombres
así las de las hojas,
en estos días
digitales.

Fernando Chelle. Uruguay

Poeta, narrador, ensayista, crítico literario y docente universitario uruguayo, radicado en Colombia desde el año 2011. Autor de los libros *Poesía de los pájaros pintados* (2013); *Curso general de lecto-escritura y corrección de estilo* (2014); *El cuento fantástico en el Río de la Plata* (2015); *Muelles de la palabra* (2015); *Las otras realidades de la ficción* (2016); *El cuento latinoamericano en el siglo XX* (2016); *SPAM* (2017); *Las flores del tiempo* (2018) y *Cadencias que el aire dilata en la sombra* (2018). Su obra poética forma parte de diversas antologías. Ha sido corrector de estilo de las revistas: *Respuestas* (Universidad Francisco de Paula Santander) y *Fronteras del saber* (Universidad Simón Bolívar) y también, director de contenido y redacción del periódico *El Libertador* (Universidad Simón Bolívar). Sus poemas, ensayos y críticas literarias se han publicado en revistas, periódicos y portales literarios de Argelia, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dinamarca, Ecuador, Egipto, El Salvador, EE. UU, España, Francia, Holanda, Honduras, India, Inglaterra, Italia, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Portugal, Puerto Rico, Suecia, Uruguay y Venezuela. Parte de su obra ha sido traducida al árabe, al catalán, al inglés, al italiano y al portugués. Es coordinador, en Cúcuta, del Parlamento Nacional de Escritores de Colombia y miembro de la Asociación de Escritores de Norte de Santander. Ha sido distinguido con relevantes premios en diferentes concursos literarios nacionales e internacionales.

Poesía
Mención

Crecencio Blanco Páez
Cuba

Anda y dime quién eres

Círculos concéntricos
en pugna con los elementos.
Eso somos:
ondas naciendo
sin otro objeto que despertar
los nuevos horizontes.

El inicio de un quizás

Es el dintel de una puerta
el inicio de un quizás.
Cruza el umbral y, detrás,
inconforme, deja abierta
la mirada.
Incluso, cierta
soberbia imprime tus pasos.
No temas a los ocasos,
teme al silencio en tu huella.
No temas a la querella,
carga la vida en los brazos.

Una cuestión de lógica

El que me enseñó la primera palabra
mi juguete preferido
el amigo que no tuve, el primer perro
el libro que me compró mi padre
el beso de estudiante, el pezón, la lengua
el que me arrebató la merienda
el que me dijo amigo y tenía pretensiones
la que me dosificaba el cariño
y después lo compartía
el vecino
el arroz con frijoles
mi esposa, la del otro
la primera carta de amor, el primer verso
el que le arrojé llantos a la cara
el bueno, el malo
el que no me importa,
el que no le importo
Todos tienen culpa de lo que soy

Para ser grande, sé entero:
nada tuyo exageres o excluyas.

Fernando Pessoa.

Quiere ser

Quiere ser silencio herido
por las luces de su canto.
Quiere ser y mientras tanto
es un grito frutecido.
Es guitarra que ha sufrido
estoica resurrección.
Es sendero. Es pasión.
Es eco de la quietud.
Y tras tanta magnitud,
¿querer ser, es pretensión?

Imposibles

No es posible concebir:
un pájaro sin su trino,
un sueño sin inquilino,
un hijo sin porvenir.
Mucho menos consentir:
mis pasos sin una meta,
una vida de probeta,
del amor ser fútil copia,
un verso sin alma propia,
una musa sin poeta.

Consejos

I
No procures jamás cambiar lo sido
ni intentes enmendar lo contrahecho
pues verás que el dolor de tu despecho
será mucho mayor que lo sufrido.

Si pretendes borrar lo ya marchado
y forjarte un mañana de probeta,
no olvides, por favor, que la veleta
marca el viento después que este ha pasado.

No intentes olvidar. Tal vez la clave
es solo caminar sorteando escombros
y recorrer la senda sin premura.

Puedes ser quien escribas tu aventura
con el fardo de dolor sobre los hombros
pero sin miedo a pilotear la nave.

Ojalá

decidas reencarnarte en la nobleza
a sufrir el lamento de lo sido;
prefieras ser mendrugo en pobre mesa
que ser huevo de plata en rico nido;
elijas apostar por la torpeza
del que ama, sin ser correspondido,
aunque a veces te cueste la cabeza
y quien amas te robe hasta el latido;
escojas ser frontera sin ser muro
a ser puerta que se abre ante lo oscuro
y nos priva de sol la travesía;
ansíes ser el halo de esperanza
que nos deja la lluvia cuando, mansa,
salpica nuestros pasos de futuro.

Al Caballero de París,
en La Habana.

Golpes

Ese hombre, en ese parque, es agonía.
Ese hombre, en ese parque, es una mecha;
aguarda la llegada de una brecha
que lo acerque una vez a la armonía.

Ese hombre, en ese parque, espera un golpe;
de los golpes que la vida depara.
Esperar de la vida es cosa rara
y la dicha no es cosa que se agolpe.

Ese hombre saca un pan de su bolsillo,
lo brinda a las palomas que lo envuelven.
Cada vuelo de paloma, una historia:
de contiendas, de amores.

Qué sencillo
sería si, a la vuelta de la noria,
otros hombres sus sueños le devuelven.

Sed eterna

Él creía en los cantos de sirenas,
las mil y una noche,
el arca perdida.
Creía en el capricho del sol en la ventana,
solo en su ventana;
en el inmenso hedor de la buena suerte,
la sed eterna.
Este es mi sueño, dijo, solo yo lo merezco;
mientras su alma se deshacía entre piruetas
que lo alejaron para siempre
del camino.

Anda y dime quién eres

¿El que en sus pasos se pierde
y en los de otro se encuentra?
¿El que en el lodo se afana
en pos de nuevos naufragios?
¿El que regresa y, muy pronto,
busca nuevos horizontes?
¿El que se marcha y oculta
a la vuelta del camino?
¿El que a la espera se asocia
o el que recorre sus sueños?

¿El que fue hacia la conquista

del dolor que lo acechaba?
¿El que comienza y acaba
en el odio que se enquista?
¿El que al levantar la vista
no llegó a ninguna parte?
¿El que, sus pasos, comparte?
¿El que va solo y con miedo?
¿El que es tan solo un remedo
o el que es luz y se reparte?

El momento de la ausencia

Cambio el paso de los relojes nuevamente.
Asusta el momento de la ausencia.
La mesita de noche avisa la hora del café,
los muros,
los versos rotos.
Un aire de adoquines me recuerda
la soledad del corazón.
Cambio el paso de los relojes nuevamente.
No temo al tiempo, temo a los relojes;
al poder de los caudales,
a los que crean cenizas,
a correr hasta el final del camino
y descubrir
que fui solo el paso de una nube.

Miedos

Tanto miedo al holocausto
borra la opción de una puerta.

Fobia que anula la gesta

de cosechar el buen pasto.
Desmembrarnos en el acto
de acontecer el absurdo,
rasgarnos el pecho juntos
cuando deambula el temor
y borrarle al corazón
coágulo a coágulo
el susto.

¿Fin del viaje?

La vida es un adulterio
entre luces y penumbras
cuando en los días te alumbras
con la noche y el misterio.

La ronda hasta el cementerio
es, o no, final del viaje.

Todo estriba en el metraje
de nuestro pecho.
El latido
se apagará si un gemido
es el último mensaje.

Crecencio Blanco Páez. Cuba

Licenciado en Estudios Socioculturales. Ha publicado los cuadernos *Entre luces y penumbras*. Ediciones Entre Líneas (Miami 2015), *Silencio de luces* y *El súper 12* (Ed. El Abra 2017). Ha sido reconocido con el Primer Premio compartido en el II Concurso Internacional La Palabra de mi Voz 2015, Miami. USA. Entre otros premios y menciones en prestigiosos concursos literarios nacionales e internacionales. Algunos poemas, microrrelatos y aforismos de su autoría han sido publicados en antologías en España, Argentina y los Estados Unidos de América. Así como en la Revista Cultural *Avisos*, de la Asociación Hermanos Saiz de la Isla de la juventud.

Poesía
Mención

Claudia López Zuleta
Colombia

Sábanas adentro del cuerpo y otros poemas

Sábanas adentro del cuerpo

I

sueño con arrancarme los huesos del cuerpo y
andar en piel pura, como decías tú

frágil, húmeda al tacto
una sombra que vive
de los contornos de luz

un polvo que huye cuando
abres la puerta y
entierras mi nombre

entonces

¿amor?
sólido en los huesos
hecho de carne para
verme a los ojos

II

una sonrisa se escapa de mi fiebre
y aún
te siento vivo en la piel

*

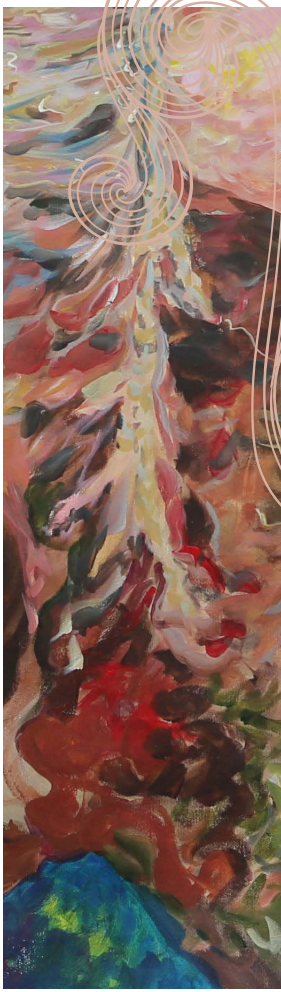
el sonido sordo de tu boca acaricia la mía
hace partículas de silencio

*

lengua deforme
un perfume
sin sombra y ciego

*

hombre
perfume de agua
reconoce
el aroma
en mi boca
y
escribe nuestro nombre



1

no quería recordar

2

esos recuerdos llenaron mi boca de ceniza
disfrazados de rostros animales
hombres o mujeres con pico largo
bocas negras de lamer excremento

3

con orificio en pecho envés de corazón
sigue la niña sentada

en un bus de los años 90

(mamá ¿qué es el alcohol?)

4

un hombre se acerca
detrás del vidrio
tres golpes de aliento

5

soy
tu
papá

empuña su mirada
se va

6
arde respirar

(mamá ¿dónde está papá?)

7 años de
aire

20 años después

(papá tiene
un lápiz pequeño y blanco
humo cuando se lo mete a la boca)

7
estoy en
un túnel de vidrio
un cementerio

adentro
una voz
un nombre
respiro hojas de humo

silencio

8
contra los vidrios
deformo mi voz y escupo
un nombre

cavidad de larvas
un túnel con olor
carne descompuesta

9

abro

la boca de mi garganta
meto la mano
forma de puño
ablando recuerdos
agarro cenizas

abro
un hueco

un nombre

10
recuerdo

grita el nombre

deforma su sonido hasta enterrarlo

(el teléfono sonó
contesté

soy tu papá
colgué

mis piernas cayeron
del columpio más largo)

11

señala el instinto
un tiro al blanco
un árbol
con virutas de luz
en el centro de un padre

(¿cuándo se despidió?)

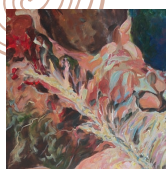
12

reflejo de mi rostro

respira

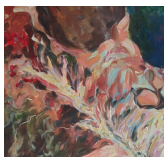
tierra noche

enciende este túnel
porcelana antigua



13

nombre
callado
atragantado
un nido
veinte años
desprende el humo
forma de agua



de alcohol
adentro de las venas
un estanque de llanto
en los ojos de niña
rasgando mi voz adulta

aliento visceral
un rastro
un padre
sin rostro

con

14
papá

desperté

al frente
de tu cementerio

¿papá?

después
de un año
quedaste
muerta

¡papá!
vivo con otros hijos

un monstro de la noche le arrancó la lengua a papá —mentira
otro monstro cogió el lápiz y se lo metió en los ojos —mentira
después vino el alcohol y devoró su aliento —verdad
la tinta de sus manos comenzó a ser blanca —verdad
papá es un rostro en las fotos y un cuer-
po blanco que arrastro —verdad

mirando sin parpadear al cielo es un cuerpo blanco que arrastro
—verdad
papá escondió historias y las hizo
humo con el lápiz blanco —verdad

un túnel —verdad
un gusano que sale de la boca de los muertos —mentira
un túnel de garganta —mentira
un túnel hasta el corazón que no reconoce la sangre —verdad
un gusano y sangre seca sin corazón —verdad

un rincón hundido en la ira
que hace temblar el barrote de la ventana
desde los cinco años
sin pronunciar su nombre

papá

acá
hierve

la deuda

de amor

hasta
la punta

de mi existencia

15
garganta abierta
cráter sin corazón

16
salir del bus
seguir empujando el cuerpo blanco
cerrar sus ojos

hasta el cementerio

17
dejarlo
ir

(27 años
encuentro a papá

me mira

desde el planeta más rojo

después de un año

de alcohol y cigarrillo
quedaste
muerta)

18

Javier

19

un nombre

20

debajo de mi tierra

Claudia López Zuleta. Colombia

Poeta y música. Egresada de los programas de Creación Literaria y Música con énfasis en Pedagogía, de la Universidad Central en Bogotá. Se ha desempeñado como docente de música, piano y violín. Su trabajo en poesía ha sido publicado por concursos en Uruguay, España y Colombia. Ha colaborado con las revistas *Círculo de Poesía* (México), *Río Grande Review* (Estados Unidos) y *Hojas Universitarias* (Colombia). Actualmente estudia la Maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas, en El Paso, Estados Unidos.

Poesía
Mención

José Luis Elorza
Colombia

Mea culpa

Mea culpa

Perdóname, viejo,
por haberte nacido
poeta.

Discúlpame las noches
de narices anchas
y angostos callejones.

No me apuntes las claves de fa,
los claveles robados,
los pájaros muertos.

Bórrame, en fin,
tanto tambalear
en tierra firme.

Cacería

Ando al acecho del verso esquivo.
En mis trampas
solo vestigios de plumaje.
Las manos al aire
dan con muros invisibles.
Me bebí la madrugada.
A mi izquierda
tinteros exprimidos,
resecos.

Temo a la hora
en que me veré impelido
a usar saliva,
sudor,
lágrimas,
semen,
sangre
para bosquejar el dibujo
del verso en fuga
vislumbrado entre la polvareda,
glorioso instante
cuando no quedará más
que escribirme sobre el papel.

Drama

Escribo.
Robo un verso a la butaca contigua.
Sorbo una imagen en la espuma del café.
Escribo de espaldas al escritor invisible
que no puede verme.

Disparo líneas al aire como a un papiro,
trazos fatuos, deformes,
que labran camino.

Aspiro las letras a bocanada viva,
suspiro, miro a ninguna parte.
Me poso en todo cuanto hay
en el radio de mi pluma rancia.

Voy, vengo, no llego,
me arranco los cabellos:
con ellos coso un mal poema.

Parto

Un poema cortando el aire.
Versos detonando en las chicharras
sacrificadas al sol.
Letras lloviendo en granizada,
desordenadas todas,
todas repitiéndose
en espejos arrebolados.
Ideas aleteando el aire
—zancudo en las orejas—:
no se ven, precepción de ciego nuevo,
picaduras son huella y nada más,
reflejo inasible filtrado entre los dedos.

Un poema cortando el aire
y en el papel apenas una letra balbuciente.

Como llevar agujereados los zapatos...

Como llevar agujereados los zapatos,
atiborrados los bolsillos de virutas,
rotos, aire antiguo de antiguos baúles.

Y en el pecho la angustia como un ancla
agobiada de prendas en edad de buen retiro.

Erizadas las patillas, revueltas,
y los ojos inyectados
por la sangría que guía el caminar ausente
mientras una rata pernocta
en la maleta solitaria.

Un puño cerrado desgasta,
malgasta la única moneda,
el último cobre que sobrevivirá al hombre,
el centavo final destinado a las antenas
de las cucarachas escatológicas.

Lápiz y papel hurtados
al arroyuelo marrón
y un verso en las ondas de la luz,
en el susurro orgánico.
Como llevar en los agujeros
de los zapatos
el verso acabado, fresco y tibio.

Maldito poeta

Para Jonatan Echeverri, compañero poeta.

El viento no libera mis cabellos
como hace con las hojas en otoño,
más bien los enreda como a mis pasos,
los aplasta como a mi vida las letras,
la palabra nuestra señora.

Las estrellas y el sol ennegrecen mi sendero
de vides y cañas,
emponzoñan mi barba incierta
de poeta maldito,
de maldito poeta.

Los versos,
esa hambruna de muertos vivos
y vivientes que se niegan a morir,
achican mi figura,
magnifican las lágrimas sangradas
en aceras y butacas.

Lo andado sucumbe
ante olas que muerden sedientas
las huellas de sombras endiosadas,
emplumadas, entintadas,
tocadas de papiro.

La mochila es un laberinto saxofónico
que conserva nostalgias tempestuosas
y encuaderna orgasmos de blues,
deltas reticentes y dignos
adonde van a parar
mis ensueños
de ceniza.

Confesión sin ton ni son

Poeta soy
pero me siento raro
en medio de poetas.
Me figuro rancho aparte,
mas no por la virtud,
sino por mi apatía celeste,
mi timidez de estatua
que va medio vestida
con mis reservas de tonel.

Poeta soy
pero me siento raro y solo,
aunque en mi epicentro de humo
agusanadas voces claman:
"somos legión".

Bella

Para Sara Montoya

Tiene la belleza
de un verso desnudo.

Palmo a palmo
recorre su cuerpo
el encanto del poema
escrito
en lengua castellana.

Derrotas

A veces me puede la nostalgia
y entonces soy noche cerrada,
callejuelas fantásticas,
tejas quebradas,
mujeres de humo.

Aun así transito,
transeúnte transitorio,
aguardando la victoria
de nostalgias grises
y zócalos anaranjados.

Betulia

Me perdí buscándome
entre zapatos viejos
y di conmigo en una mañana remota
viendo llover
sobre tus tejas
de humo.

Cita

Aquí he venido a morir,
en este punto muerto,
a esta hora sorda,
donde nadan las voces
y retozan las sombras.

Aquí he venido a morir,
aquí y ahora,
pero aún no arriba mi verdugo.

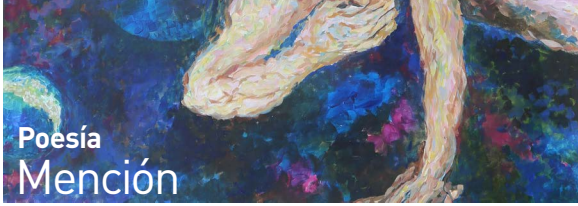
Tal vez me espera no sé dónde,
u olvidó dar cuerda a su reloj.

Epílogo

Ir hasta el final
de cien mil arcoíris:
solo cenizas.

José Luis Elorza. Colombia

Nació en el municipio de Betulia, suroeste antioqueño. Estudió filosofía y teología. Ha sido cantinero pertinaz, seminarista convencido, desempleado reincidente, barrendero sin fortuna, obrero inconforme y profesor obstinado. Escribe cuento y poesía. Aún no ha sido editado, publicado ni mucho menos laureado. Sigue en la lista de espera de las musas y las masas.



Poesía
Mención

Ernesto Tancovich
Argentina

Pan y otros poemas.

Pan

París, Versalles, Francia/octubre de 1789
El precio del pan ha vuelto a subir.
Una chica bate el tambor.
Las mujeres se arremolinan con sus bolsas vacías.
Maillard, ese payaso de los mercados, arenga.
La decisión se toma rápidamente:
irán por el panadero, la panadera y el panaderito.
Son cientos, serán miles, bajo el aguacero,
arrastrando unos cañones conseguidos por el camino.

Seis horas después invadirán Versalles.
Pisotean los jardines, embarran el mármol,
se repantigan en los terciopelos.

Un trono se desvanece
ante el griterío jubiloso
de esa canalla de los mercados.

Así muta la historia.
De un día para otro,
impensadamente,
por acción o efecto de la desobediencia.

Manchester, Inglaterra/1811

No dejará títere con cabeza
Del telar doméstico, de la rueca, hace astillas.
Arrasa los huertos, vacía las despensas, tumba las ollas.
Quita el pasto a la vaca.
Echa a rodar familias por la huella.
De todo hace mercancía.

Erige telares de vapor, hornos de fundición, chimeneas, patíbulos.
La ley de hierro sustituye a la costumbre
El precio de la pitanza aumenta sin cesar.
Hannah Smith, madraza, cincuenta y cinco años,
vuelca un carro de patatas en el camino
y ese día la chusma come

Hannah es juzgada y ahorcada el mes siguiente
bajo el cargo de obstruir la marcha del progreso

Petrogrado, Rusia/febrero de 1917

El precio del pan se ha multiplicado por siete
vulnerando cierta ley de la economía
"El salario debe alcanzar para mantener con vida la fuerza de trabajo"

La fuerza de trabajo tiene nombres:
Marina, Natasha, Maia, Nadezha, Valentina, Olga, Sonia, Anna, Ludmila.

y bocas con hambre, ollas ociosas, chiquilines llorosos.

Con la furia de un fenómeno natural estalla la huelga.
Fábricas despobladas, máquinas mudas, rostros al sol.
La calle hierve.
El zar envía sus cosacos.

Los cosacos vacilan, bajan las armas, respiran el aire nuevo.
Se mezclan con sus hermanas
Un mundo se desploma.
El abismo abre, aunque sea por unos días,
algún lugar a la esperanza.

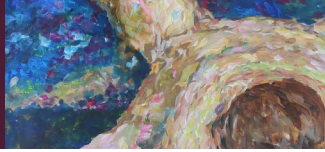
Campana, Argentina/junio de 2002

La luz fue virando de gris a malva, a rosados.
Lanzas de oro llegan desde el río
a lomos de la brisa glacial.

Calle desierta, mujeres que esperan.
Unas parlotean para darse calor,
Otras, quietas y taciturnas, reservan energías.

En momentos comenzará el reparto
del pan que quedó sin vender.

Se abren las puertas, el panadero arrastra un canasto.
Es gordo, se lo ve de buen humor, a ojo de buen cubero mide el grupo



"No se agloromen, chicas, hay pa todas"

Es temprano, volverán con tiempo
de que los chicos refuercen con algo sólido el mate cocido
antes de salir para la escuela.

Florida, Argentina/agosto de 2002

La mujer acaba de comprar una *baguette*
calentita, recién salida del horno.
La lleva apretada contra el pecho.

El hombre viene empujando un carrito
que ha logrado sustraer del supermercado.
Ha sido magra la cosecha de cartón, de papel.
Le pide por favor el envoltorio.

Ella quita al pan su atavío de papel.
El hombre lo demora entre las manos
estrujando el remanente de tibieza.

La mujer reanuda su camino con el pan desnudo.

Místicas

Hildegard von Bingen (1098 -1179)

Cualquiera puede ver la luz,
el resplandor,
que fulgura para todos
cada uno de los días
de Padre y Señor Nuestro

Pero, ah
la luz verdadera,
secreta,
que se esconde en esa luz de todos,

ojo, pórtico, fuente
de renovada juventud
la luz vivificada, digamos, esa

solo para Hildegard se enciende.

Simone Weil (1909 – 1943)

"La inteligencia está derrotada
a partir del momento en que la expresión del pensamiento
va precedida, explícita o implícitamente,
de la palabra nosotros".

No beberé una gota a expensas del sediento
ni probaré bocado que a otro se le niegue.
No usurparé el calvario de aquél

Trazaré el propio viacrucis, tendré mi Gólgota, seré negada
tres veces y cien veces
antes y después que el gallo cante.

Aceptaré el vinagre, el escarnio, las espinas,
el golpe de la lanza.
Más aún diré:
los reclamo, iré por ellos, serán mi arcilla, pigmento y fuego.

Cederé la capa y también el sayo, las horas,

las enrevesadas volutas de la escritura,
la sangre,
de a gotas y a borbotones.

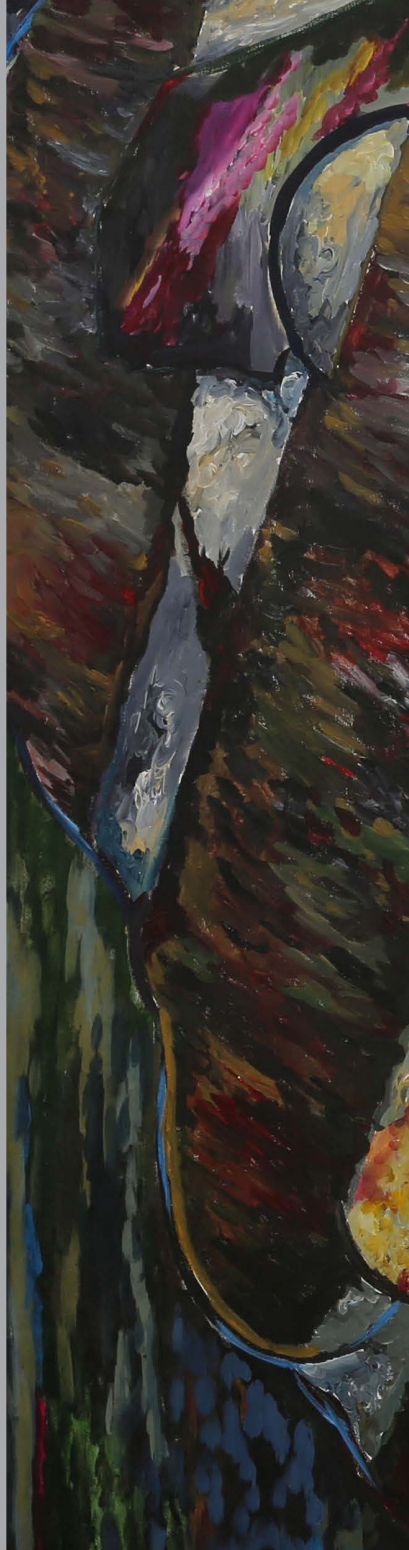
Ostentaré en la frente el sello del esclavo, el rombo
de L'Usine Renault de Boulogne Billancourt.

Y al final
agotada la vertiente de prédica y profecías,
de palo de trueno y martirio, de estandartes, manifiestos
y consignas,
definitivamente borrada la palabra nosotros,
en perfecta soledad,
aligerada de peso y volumen,
me dejaré volar
como una pluma negra

y ocuparé el sitial que me habrá sido reservado
a la diestra de nadie.

Ernesto Tancovich. Argentina

Escribe regularmente desde 2014, por lo tanto, autor tardíamente novel y prematuramente póstumo. Algunas distinciones: finalista y mención Provincia de Córdoba por *El niño stalinista* (poemario), dos veces finalista Universidad de Cali por las *Playas del tiempo* y otros cuentos. Premio Bioy Casares por *Radioterapia* (poemario) Ha publicado en revistas y antologías de Argentina, Perú, Colombia, México, España y Estados Unidos.



Cuento

Cuento
Primer premio

Marcos Antonio Gutiérrez Suárez
Guatemala

El sol tiene hambre

El cuerpo del perro de ayer ya está seco. Los autos ya ni cuenta se dan de que este existe. Es la única cosa parecida a una sombra bajo el sol del mediodía. El sol quema, tiene hambre. A todas horas hay autos, pero a esta hora es cuando más perfectos son. No son tan lentos como para aburrir, pero tampoco son tan rápidos como para olvidarlos. El sol me ha ido botando el pelo con los años. Pero no importa qué haga, no puede quitarme esta poca banqueta que me queda. Ya no siento mi mano cuando se extiende. Recuerdo que existe cuando le caen las monedas.

Los autos pasan y con el humo cubren las piernas de las mujeres. No les digo nada porque no lo necesito. Solo veo sus piernas y la carne de los muslos que se pierde bajo la sombra de la falda. Las mujeres blancas son las que tienen las piernas más bonitas cuando pasan entre el esmog. El sol le prende fuego al pavimento y este se

evapora. La lluvia negra nunca cae. Todos los días muere un perro. Siempre corren a través de la calle con una estúpida esperanza en el rostro. A veces los veo venir, otras veces los veo irse. Pero siempre mueren y siempre apestan a mediodía.

Yo solo soy un poco más que un perro. Mi superioridad es consecuencia de nunca tener esperanza. Solo espero, como siempre, bajo el sol. Espero que todo lo que necesito suceda y siempre sucede. Como, por lo menos, una vez al día. Siempre guardo un poco de dinero para algún día embriagarme. Al mediodía todos van a comer y más de alguien me termina dejando sobras o la mitad de un pan mordido. Mi lengua se entrecruza con el recuerdo de la lengua de otro. Es como un beso, creo yo, de esos besos que terminan en sexo. Nunca he tenido sexo más del que ocurre entre el sol, el pavimento y yo. Me masturbo, pero no pasa nada, no siento nada. El sexo no debe de ser la gran cosa, he visto perros cogiendo a media calle y se mueren de todas formas. Después del sexo siempre vienen los niños. Esos pequeños vestigios de esmog que están a mi altura cuando pasan bajo el sol. Los niños ven a los perros porque ellos sí dan lástima, yo no les causo nada en absoluto. Nadie tiene sombra al mediodía, solo yo y mi sombra vive sobre lo poco que me queda de banqueta.

El mediodía se va a acabar y ningún perro se ha muerto. Solo queda ese pequeño pasto café que hace un día aún era un perro. Ahora no es nada porque nunca ha sido nada. El sol arde, me que-

ma, me dice que tiene hambre. He tenido la misma piel siempre. A veces, por algunos años, la he confundido con el asfalto. En la noche, cuando solo queda el rumor rojo de las quemaduras que dejó el sol, me confundo con el asfalto, con las sombras de las putas que pasan frente a mí y con la sombra de quienes van a violar a las putas. No conozco mi rostro, aunque, de todos modos, todos los rostros son casi iguales. Nunca he pronunciado una palabra importante, solo lo que todos tienen que decir. El aroma del mundo, de los alientos, del sudor evaporado es el mismo: todo huele al esmog. Todos los cuerpos están hechos con el vapor triste del asfalto y de todos los perros que se han esfumado como pasto y gasolina.

El mediodía casi acaba. El sol empieza a caer hacia un costado. El sol es un ojo que nunca parpadea, por eso arde. El sol les hace el amor a todas las nubes y luego llueven. El sol me quema porque me ve y quiere que me haga una nube para que me pueda hacer el amor. Hoy no ha muerto ni un perro y, probablemente, tampoco ha muerto nadie en el mundo. Solo los perros mueren en la inmensidad de la calle, entre los infinitos e irrepetibles autos, a través de las jugosas y múltiples piernas.

Siento, al fin, mis piernas. Los cuerpos se mueven solos. El mío anda, con cuidado, como si fuese un perro, hacia el frente. Mis manos nunca habían tocado el pavimento al final del mediodía. Es tan frío y tan lejano como las piernas de las mujeres blancas. Mi cuerpo anda y yo inevitablemente le sigo. A esta hora los autos son perfec-

tos, ni tan lentos ni tan rápidos. Mis manos tocan por primera vez el pavimento, se despide un recuerdo de esmog, recuerdo a miles de autos, a miles de perros hechos vapor. Ahora, soy un perro que ve el otro lado de la calle. Antes tan absurdo, tan mítico, tan cercano a dios. Pero ahora, el otro lado de la calle es mío. Mi cuerpo camina y yo voy con él. Por un lado, escucho un sonido que nunca había escuchado. Luego, siento un calor que nunca había sentido. El sol tenía hambre, es cierto.

Marcos Gutiérrez Suárez. Guatemala. Chimaltenango, 1997

Ha publicado en distintos medios de Latinoamérica y España. Es autor de los libros *Autorretrato* (edición de autor, 2012), *Poemas a la nada* (Tujaal ediciones, 2017) y *Reloj de nieve* (Los Zopilotes, 2019). En el 2013 recibió el título de ciudadano distinguido de Antigua Guatemala por La Legión de Santiago de los Caballeros. En el 2018 recibió una mención honorífica en el XV Premio de Literatura Gonzalo Rojas Pizarro (Chile) y en marzo del 2019 fue nombrado Escritor del Mes por la Universidad del Valle de Guatemala. Es columnista en las revistas *Gazeta* (Guatemala), *Mandrágora* (Guatemala) y Revista literaria *Monolito* (México). Actualmente estudia una licenciatura en física.

Cuento
Segundo premio

Juan Felipe Rodríguez Pérez
Colombia

Discusiones sobre la derrota:

Marco.

Polo.

Marco.

Polo.

¿No piensa dirigirme la palabra? Hoy no, quiero descansar. ¿Descansar de qué? ¿Acaso en qué está tan ocupado el señor como para no tener alientos? Eso no es de su incumbencia, menos cuando ya lo sabe. Ya sé. ¿Entonces? No moleste. No lo hago. Claro que sí. Que no.

Marco.

Polo.

¿Y es que "don cansancio" le siguió dando vueltas al asunto? Cuénteme bien si es que le quedó gustando la senda de la estupi-

dez. Sí, me gustó. ¿Ve? Cualquier cosa que uno le diga le entra por un oído y le sale por el otro. Ya sé. No, no señor: no es de saber, es de aprender. Que sí, que ya sé. Que no, que no sabe.

....

....

¿Otra vez esa muchacha? No moleste que estoy cansado. Entonces responda para que pueda descansar. No le importa. Claro que sí. Que no. No sea terco y cuénteme, ¿acaso la volvió a ver? Sí. ¿Otra vez con ese vestido azul tan feo? No. No me mienta. Bueno, sí, ¿usted cómo sabe que traía puesto? Porque yo lo sé. No, usted no sabe. Sí: lo sé todo.

Marco.

Polo.

¿Qué tanto sabe usted, supuestamente? Yo sé que fue el mismo sueño: unas habitaciones ennegrecidas que se conectaban con pasillos de penumbra y usted caminaba y caminaba y se agotaba y volvía a caminar y, luego, apareció ella con ese vestido azul, el que usó la última vez que la vimos, y usted le acarició las manos y las yemas de sus dedos sintieron levemente la suavidad de sus cabellos mientras ascendían hasta el rostro y, al encontrarlo, se dieron un gran beso con lentitud; todas pendejadas. No, usted no sabe cómo fue. Sí, si lo sé, ¿acaso no lo acabo de describir? Bueno, pero usted no sabe cómo se sintió. Sí, eso lo tengo claro: lo tenemos claro. Usted no lo puede saber, ese beso fue para mí.

....

Yo vi que ahora tenía las puntas de sus cabellos de color rojo. Eso usted no lo detalló.

....

Y usted sabe lo importante que esas cosas en ella, sus cambios, sus arreglos, son para mí.

....

Marco.

Polo.

Marco.

Acuéstese a dormir, mejor. Diga Polo. No, es momento de descansar, ¿no dijo que estaba muy agotado? Hasta que diga Polo. No. Se lo ruego, diga la palabra mágica. No quiero. Ayúdeme, no me deje solo. Vaya más bien a soñar con su mujercita. No porque ella está muerta, ya no quiero. Entonces no sueñe y ya. Pero diga Polo. No. Dígalo. No. Marco. Que no. Marco. Eso ya no funciona. No me haga esto hoy, por favor. No nos hagamos esto nosotros entonces.

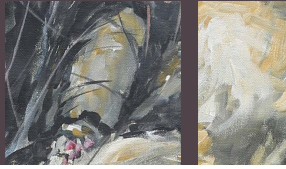
Marco.

....

—Maldita sea —afirmó, alejándose lentamente del espejo. Retiró las cobijas de la cama del hospital y soñó, esta vez, con pasillos menos oscuros.

Dificultades para cazar un monstruo:

Me atraparon. Quieren saber los métodos para cazar un monstruo. ¿Un café?, me dice uno de ellos. Niego con la cabeza: no me gustan las bebidas calientes.



Ellos son amigos del monstruo: la criatura de aliento fétido a la que cacé. El ser tenía grandes manos, dedos ultrajados que terminaban en filosas uñas dispuestas a batirse a duelo con mis dagas. Sus hombros terminaban en enormes protuberancias que, según estos cómplices, no eran más que partes de una joroba producto del paso del tiempo.

Me preguntan el porqué del asesinato –ellos lo llaman así porque no conocen el juramento que hicimos los miembros del Infra Mundum– y me alegro: prefiero ese interrogante a tener que contestar el cómo. Eso revelaría las tácticas que por generaciones han estado ocultas de los humanos incautos. Lejos de la superstición, a la deriva de la infamia.

También es cierto que no fue fácil: encontrarse con un monstruo que no responde a las rutinas complejiza su localización: un lunes iba a un restaurante italiano a devorar una pasta rebosada de salsa boloñesa y el lunes siguiente aparecía en un local en el que los alimentos escurrían aceite de sus bordes.

El seguimiento a un monstruo itinerante es la tarea más difícil de un cazador. En el Gran Manual hay pasajes en los que se habla del acecho a las criaturas que se camuflaban entre las caravanas de los gitanos y vagaban por el mundo conociendo la idiosincrasia de los humanos: al parecer, la más inusual de las especies.

Sabe que hay registros de vigilancia que desvelan su persecución, ¿no? Yo seguí al monstruo como una mascota que sortea los tiempos y los espacios para aferrarse al pie de su amo. Supe que su propósito no estaba ni cerca de la conquista de la especie humana: apenas estaba aprendiendo nuestros comportamientos básicos.

Asistía a recitales de teatro improvisado para conocer nuestras tácticas de escape ante situaciones apresuradas; ojeaba el contorno de los seres femeninos deteniéndose sin disimulo en las prominencias frontales; examinaba nuestras formas de reproducción mediante la adquisición de metrajes poco decorosos; visitaba hospitales con la excusa de donar sangre y parte de su medula: allí, en realidad, observaba las dinámicas de las enfermedades que fulminaban nuestra existencia.

El interrogador sale. Afuera se encuentra con un sujeto que al hablar expone la insólita separación de sus dientes. Cadena perpetua, dice el sujeto que me ofreció el café mientras me observa entre los claroscuros de la ventana. No sabe que yo aprendí a leer los labios. La silla eléctrica queda mejor ¿No? Acuérdese cómo dejó a ese pobre hombre en el hospital. Y los dientes separados tienen razón: la bestia sucumbió en una habitación oscura del sitio en el que fingía dolores en la espalda baja cuando lo inyectaban. Lo seguí después de que compró un par de "devedes" –o así escuché que los llamaba– con mis dagas santificadas por el pontífice de la logia. Ingresé y, pese a ser una escena digna de un guionista que desconoce la dinámica del miedo, tomé una bata que estaba colgada en el espaldar de una silla y me camuflé entre esos seres. Mi daga se clavó en una espalda que reposaba sobre una camilla. Era él. O eso. El monstruo.

La daga se extrajo de la columna y empezó a abrir otros espacios del cuerpo abominable. Cuando aún quedaba un fragmento intacto –nosotros los humanos lo llamaríamos "dedo anular"– llegaron los secuaces de la bestia y con maniobras acrobáticas detuvieron mi propósito.

Ahora estoy aquí, rodeado de seres con un extraño parentesco con los humanos. Con una insignia que cuelga de los costados de sus camisas: esos mismos símbolos que, por años, han detenido a mis compañeros de la logia.

¿Cómo se cazan los monstruos?, pregunta con sorna el hombre al ingresar.

Afuera titilan unas luces rojas y azules. Así brillaba el carruaje que me trajo hasta este recinto macabro.

Van por más cazadores. Empezó la guerra.

Juan Felipe Rodríguez Pérez. Colombia

Cursó estudios de Comunicación Social en la Universidad Santo Tomás. Fue premiado en el primer Concurso de cuento del certamen Komunik de la Universidad Santo Tomás en 2015. Ha publicado relatos de su autoría en la revista digital *La Sirena Varada* y en la revista *Los Heraldos Negros*, ambas publicaciones mexicanas. Uno de sus cuentos aparece en la la antología de minificción Zetta, de Venezuela.

Cuento

Tercer premio

Joiner Sánchez Mora
Aguachica, Cesar, Colombia

El olor a muerte

Entre la tristeza cotidiana de septiembre, el día acomodó un sol de cuarenta y cinco grados en el cielo siendo apenas las ocho de la mañana. El sofoco apareció como de costumbre, obligando a las mecedoras a correrse a las entradas de las casas para recoger la brisa tardía de la madrugada, pero la carretera, casi vitrificada por la incandescencia, evaporaba el más mínimo amago de comodidad. Justo a las ocho y doce minutos el reloj dejó de existir, sus manecillas derretidas se llevaban el tiempo a otro lugar.

—¡Santiaguito no pudo escoger peor día para morirse! —suspiró Dorotea, su mamá.

Sin lágrimas, se dispuso a preparar el cadáver ante la inminente llegada de los dolientes. Observó el traje dominguero de su hijo colocado en el ropero; tenía el pantalón y la camisa perfectamente

doblados dentro del saco e intentó recordar algún domingo en el que Santiago lo hubiera usado, pero no lo encontró.

Cuando sacó el traje la atarraya se le vino encima; su hijo la había guardado en ese lugar desde que dejó de usarla cuando al río se le olvidó llegar al mar y se quedó como un delta fangoso e inerte dentro de la planicie, pero ya no quedaba mucho de aquella herramienta, solamente los trozos de plomo que las polillas no se podían comer amarrados a intermitentes tiras de nylon.

Puso el traje en la cama y se dispuso a recoger los pesos de plomo pero en un parpadeo se encontró en la sala viendo cómo el reloj marcaba las ocho y doce minutos. Volvió al cuarto intrigada y se sorprendió al ver al muerto perfectamente vestido, entonces dedujo tranquilamente que había pasado horas preparando el cadáver.

La noticia rodó por los techos de zinc y se hizo cera en los oídos de cada persona del pueblo. La muerte no era común y menos si se llevaba al habitante más joven, todos sintieron un hueco en la barriga cuando vieron el cuerpo, tieso y con los ojos torcidos. Santiago se iba a sus escasos ochenta y siete años de edad.

Los dolientes se acomodaron en la pequeña sala de la casa, los más viejos no necesitaban mucho espacio, con el paso de los años se iban encogiendo, llegaban a medir menos de un metro y se sentaban de a dos y tres en una silla.

Pronto, no quedó un solo espacio desocupado, lo que inquietaba a Dorotea, pues faltaba Jacobo Fonseca, el habitante más viejo del pueblo. Muchos decían que era el fundador y que tenía 500 años, pero nadie estaba seguro de nada en absoluto.

Fonseca llegó sin prisa, su salud no tenía edad y seguía tan fuerte como el día en que construyó el Santuario del Precipicio, pero estaba lejos del monumental ser que alguna vez fue. Medía 78 centímetros, tenía una joroba más grande que la sala de la casa y unas

piernas raquíticas, sin embargo conservaba todos sus dientes, aunque muchos afirmaban que se los quitaba cada noche.

Llegó prácticamente como un dios, dejando una estela de olor a hojas de naranja agria. Dorotea se perdió en el olor y no supo cómo de pronto apareció frente a la muchedumbre con una bandeja llena de vasos con café y aguas aromáticas, la sorpresa fue mayor al ver que ya era de noche, todos quedaron igualmente sorprendidos, pues nadie estaba seguro de cómo habían transcurrido las horas previas a ese momento, el tiempo daba saltos a placer. Jacobo Fonseca nunca decía nada al respecto, se había acostumbrado a vivir casi mirando las cosas desde arriba, viendo ir y venir a los viejos que no podían definir qué día de la semana era.

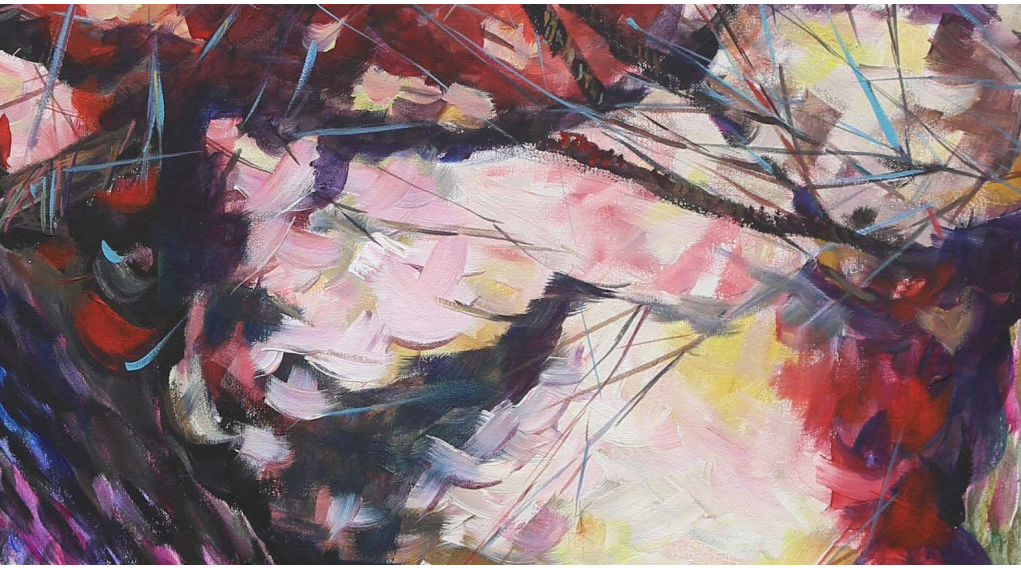
El reloj marcó las ocho y trece minutos y Dorotea salió una vez más de su abstracción, dejó de percibir el olor a hojas de naranja agria y se encontró sola, vestida con el traje que solía usar los domingos, sentada junto a Jacobo Fonseca, que se le acercó y con una determinación inusual le dijo: —Se te vio muy triste este septiembre, pero tienes que olvidarlo—. Y saliendo de la casa agregó: —El próximo septiembre Santiago cumple diez años de muerto, ya es hora de que pienses en enterrar los huesos. Dorotea, terriblemente confundida, se abalanzó al cuarto y encontró los huesos perfectamente blancos metidos en el traje descolorido y con un leve olor a naranja agria rondando encima.

Joiner Sánchez Mora. Colombia

Es estudiante de décimo semestre de Ingeniería de Sistemas de la Universidad Popular del Cesar, seccional Aguachica. Ganador del X Concurso Nacional de Cuento RCN-MEN, año 2016, categoría 5 con el cuento *¿Por qué no crecen los tomates?*

Cuento
Mención

Raquel Hernández Contreras
España



El entierro

El ulular del viento nunca me gustó. Es como si alguien te estuviera silbando desde atrás muy cerquita de la oreja. Y a mí siempre me ha gustado mantener mi espacio libre de toda invasión abusiva por parte de aquellos que no son capaces de respetar que quizá tu aliento no sea lo que quiera estar oliendo en este preciso momento a pesar de que hayas estado mascando por horas un chicle sabor menta extrafuerte. No, no me gusta que tu mano esté tan cerca de mí que sin tocarme pueda sentir cómo el aire traspasa de tu piel a

la mía tus células muertas. Tengo buen oído, por lo que si te quedas a tres metros te seguiré escuchando por mucho que lo que me cuentes sea una confidencia. No te preocupes por ello. No necesito que nuestras cabezas casi se rocen. Me pregunto si tendrás piojos. He leído que pueden saltar increíbles distancias para su tamaño. Eres prácticamente calvo pero el pelo que te queda sería suficiente para albergar una colonia entera. Te has quedado callado… ¿será que te has dado cuenta de que no te miro a los ojos? Esa saliva reseca que se te forma en la comisura de los labios me hipnotiza. No sé de qué me hablas pero me gustaría pasarte un pañuelo para que te limpiaras. ¿No la sientes? Por lo menos tu mano podría ir hasta tu boca como un acto reflejo. Me acabas de tocar. Tu palma ha caído sobre mi hombro como si tuviera el derecho a ello. Siento cómo el calor que despide va impregnando la ropa y pronto se juntará con el mío propio. Dos temperaturas corporales que no deberían encontrarse. ¿Por qué tus dedos aprietan mi carne? Si es para reconfortarme, no lo hace. Me desagrada. Tu otra mano se acerca peligrosamente a mi cara. No lo hagas, no vayas a hacerlo. El roce de tus dedos va desde debajo de la oreja a lo largo de la mejilla hasta detenerse por unos instantes sosteniendo mi mentón. Segundos agónicos durante los cuales solo quiero salir corriendo de allí. Es demasiado, siento que has ido demasiado lejos. ¿No podías haberme dicho tus palabras de aliento desde el otro lado del sofá? Trago saliva; sin embargo, mi boca está seca. Me disculpo y me marcho a buscar un vaso de agua no sin antes agradecer tus palabras. Me alejo y creo estar a salvo pero alguien se abalanza sobre mí y me abraza. Su perfume me penetra y siento que jamás podré volver a oler cosa alguna. No sé quién es, pero su pendiente se me clava en la sien y el dolor provoca un pequeño forcejeo por liberarme. Sé que en estas circunstancias todas esas muestras de afecto

deben ser bien recibidas pero no puedo aguantar por más tiempo el contacto de sus generosos pechos contra los míos y apoyando mis manos sobre sus hombros intento, sin que se note la irritación, que un espacio donde pueda fluir libremente el aire se abra entre las dos. Nuestras miradas se cruzan y una sonrisa se esfuerza por aparecer en mi rostro para no pasar por desagradecida.

Todos achacan mi comportamiento al dolor aunque en realidad de lo que tengo ganas es de ir a darme una ducha y quitarme de encima todas las esencias que no son mías. Siento que en aquella habitación el aire ya está viciado. Demasiadas bocas han respirado una y otra vez en aquel lugar. Puede que en mis pulmones alguna partícula ajena forme ya parte de mí. ¿Cómo seguir siendo yo si estoy invadida por dentro? Vomitar de poco serviría… aunque, ahora que lo pienso, me he comido una galleta del plato de encima de la mesa de centro y no me he parado a pensar cuántas otras manos la han podido tocar antes de que me la llevara a la boca. El pánico se apodera de mí pues ni siquiera sé dónde han podido estar esas manos que manosearon sin duda la masa que está a medio digerir en mi estómago. Tengo que salir de allí, varias personas se ponen en mi camino y una retahíla de palabras me llega sin ser comprendida. Agradezco de nuevo con un "gracias" vacío de todo significado e intención y salgo por la puerta. En el pasillo varios grupos de personas hablan ajenos a las circunstancias hasta que me ven aparecer y el decoro preestablecido de antemano para aquellas situaciones impera por completo y unas toses apagadas preceden a otra serie de frases hechas y miradas de compasión. Siento que soy el centro del universo en ese instante y temo que les dé a todos por venir

hacia mí y querer tocarme, abrazarme, consolarme. Doy dos pasos hacia atrás y habría echado a correr si mi padre no hubiese estado de pie detrás. Su mano acaricia mi pelo y me dice que si quiero puedo ir afuera a jugar. Tengo once años y sé que la sensación de mi cuero cabelludo al ser tocado por mi padre no desaparecerá en mucho tiempo. Me enfado conmigo misma por estar pensando en todo aquello cuando debería estar llorando a mi abuela. Decido por fin correr sin poder evitar el cubrirme la mano con la manga para girar el picaporte.

La lógica

Era una persona de las que no podía dejar nada al azar. Pensaba que, si este de verdad existiera, el esfuerzo de la gente no tendría ningún sentido. Uno podría hacer las cosas de manera temeraria, sin pensar dos veces las consecuencias, pues el azar vendría a darle lo que le correspondía ya hubiera hecho las cosas bien o no. Hacer las cosas bien significaba algo tan sencillo como planificar hasta el más mínimo detalle, poner en una balanza todos los posibles pros y contras y no dejar nada a la suerte ya que esta no existía. Solo el trabajo arduo, preciso y meditado podía llevarnos al éxito. Por eso aquel día se encontraba tan desubicado. No había hecho nada para obtener aquello, ni siquiera podía ligarlo a una consecuencia de algo previo bien medido y pensado. Nada. Aquello no tenía conexión posible con ninguna de sus acciones que con tanto cariño

tomaba. El aceptarlo suponía ir en contra de todos los pilares en los que se sustentaba su vida. El dejarlo se le antojaba absurdo. Nadie le miraba. Es más, no había ni un alma para preguntar si aquello era suyo aún a riesgo de que la persona dijera que sí a sabiendas de que estaba mintiendo. La verdad que le vendría muy bien. Podría terminar el mes y no seguir penando estos últimos días. Se decidió a cogerlo, pero al ir a tocarlo algo le hizo detenerse. ¿Y si eso era una prueba para ver qué tan fuertes eran sus convicciones? La noche anterior había tenido una conversación acalorada con Martín y este se había desquiciado ante la firmeza de sus opiniones. Puede que lo hubiera puesto ahí a propósito para luego reprocharle de por vida su debilidad. Se irguió de nuevo y dio tres pasos como para marcharse. Vio a lo lejos una mujer que se encaminaba hacia él y temió que ella tuviera menos escrúpulos. Volvió sobre sus pasos y lo pisó disimulando mirar algo en su móvil. La muchacha pasó sin hacerle caso. Cuando se hubo marchado, levantó lentamente el pie y lo miró fijamente de nuevo. Le hubiera gustado agacharse, metérselo en el bolsillo y salir corriendo. Pero no pudo. Ese acto arbitrario y sin sentido podría romper la rectitud con la que tomaba decisiones. Volvió a mirar a los lados. Si no se decidía llegaría tarde a su compromiso. Debía decidirse. Cerró los ojos por un instante e intentó meditar la lógica de que aquello se le hubiera presentado ahí delante justamente aquel día. Recordó una vez que fue a sacar dinero y el cajero le dio de menos. Puso la queja según lo estipulado aunque nadie le respondió por ello. Él estaba seguro de que le faltaba un billete. Había contado el dinero cientos de veces. ¿Podría ser aquel su billete? Aquel suceso había ocurrido meses atrás pero

el cajero apenas estaba a tres calles de aquella estación y el viento bien podría haber estado llevándolo de un rincón a otro sin que nadie se percatara. Volvió a mirarlo y se agachó. Creyó reconocer la numeración. Sí, era el suyo. No había duda. Ahora tenía sentido todo. No era casualidad. Simplemente estaba recogiendo lo que era suyo. La paciencia había dado sus frutos y se había hecho justicia. Le habían dado respuesta a su reclamación aunque de una manera poco ortodoxa. Extendió la mano y recogió el billete. Mientras lo guardaba en la cartera un atisbo de duda le creció en el interior. En seguida lo borró. Era su billete. No podía ser otro. Nadie se suele encontrar cincuenta euros así como así.

Raquel Hernández Contreras. España

Nació en Madrid, España, en 1982. En su país natal cursó su bachillerato, donde ganó el premio a mejor cuento del IES, *El Cañaveral*, en el año 2000, y sus estudios superiores en la Universidad Complutense de Madrid, de la que salió licenciada en Filología Hispánica (2005) y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (2006). En la misma institución, fue doblemente becada y con ello comenzó su aventura como profesora.

En el verano de 2006 llega a Londres para continuar su formación pedagógica, ciudad en la que no solo trabaja en instituciones de primaria, secundaria y educación superior como docente de lenguas, inglés y español como segunda lengua, sino que continúa su formación y obtiene su Máster en Literatura Comparada (Goldsmiths College. University of London, 2008) y su posgrado en traducción inglés-español (Universidad de Westminster, 2009). Desembarca en Colombia en 2012 buscando nuevos retos y comienza su labor en el ILUD (Instituto de Lenguas de la Universidad Distrital) en Bogotá en 2013; institución donde forma a alumnos de las más diversas procedencias. En seis años logra obtener en tres ocasiones la mención a mejor docente ILUD.

Desde que se graduó ha estado combinando su labor docente con la de traductora, correctora ortotipográfica y de estilo y escritora. Su cuento *Volver a respirar* fue publicado por la revista *Descontamina* (Vol.3 N.1. Tejiendo Paz. ISSN: 2389-8569) en mayo de 2016.

Johann Miguel Luis Juan Dávalos
México

El vuelo de la mosca

La mosca negra vuela débilmente sobre el techo de la casa; está muriendo de frío y de hambre. El sol empieza a ocultarse en el horizonte. Si la mosca no halla comida y refugio, esta noche estará muerta.

Al entrar a su casa, el soldado envuelve a su esposa en un abrazo; la besa en la frente, la mejilla y la boca. Después la toma de las manos y cuando mira sus grandes ojos azules, por un momento olvida los horrores de la guerra. La mujer tiene la boca entreabierta y una indescifrable cara de asombro. El soldado, una vez más, abraza a su esposa y ella permanece inmóvil. Ahora están sentados

frente a frente en el comedor. El soldado come deprisa el segundo plato de sopa tibia. Ella lo mira sin decir nada. Cuando él termina mueve el plato hacia un lado y bajo la luz de la lámpara, se pierde en la imagen de su ángel como le gusta llamarla; en el pelo rubio que brilla como el oro, en los labios carnosos, en lo bella que luce aún sin maquillaje y con ropa barata. Piensa en las veces que estuvo cerca de la muerte y cómo la imagen de su esposa lo impulsaba a no darse por vencido. La mujer se frota nerviosamente las manos, se levanta de la silla y se vuelve a sentar.

—Creí… creí que no ibas a volver. Casi un año sin saber de ti, ni siquiera una carta o una llamada—. Sus ojos se inundan de lágrimas.

—Te prometí que volvería. Imagino lo que sentiste pero era imposible comunicarme; fuimos capturados y… Quisiera no hablar de eso, por favor. Está bien, preciosa, ya estoy aquí.

—Lo siento, perdóname. —La mujer esconde la cara entre las manos negando con la cabeza—. No está bien, ya nada está bien —murmura al borde del llanto.

El soldado se inclina hacia ella en tono cariñoso.

—¿Qué dices? Todo está bien, amor; ya no tienes de que preocuparte. ¿Y qué le pasó a tu anillo?, no se te habrá caído al inodoro —bromea cambiando de tema.

La esposa levanta la cara y al ver frente a ella al buen hombre del que un día se enamoró, siente una sofocante presión en el pecho. Cierra los ojos, y recuerda con culpa el día que dejó de extrañar a su marido; se encontraba desnuda en su cama, quitándose el anillo de matrimonio y sepultándolo en el cajón de la mesita de

noche, para luego volver con una sonrisa a los brazos de su amante. Cuando abre los ojos brotan lágrimas.

—Ya no puedo más. Debo confesarte que —se interrumpe y traga saliva— he dormido con Alex. Lo siento, de verdad lo siento mucho. —Luego cae en un llanto incontrolable.

—¿El vecino? —murmura el soldado sintiendo la sangre hervir por sus venas. Sin ser consiente golpea la mesa tan fuerte que se agrieta la madera. La mujer pega un salto y sigue excusándose con voz apenas inteligible por el llanto.

Después de unos segundos —Tranquila, preciosa —suelta por fin—. Lo solucionaremos, como siempre. Ven aquí, dame un abrazo.

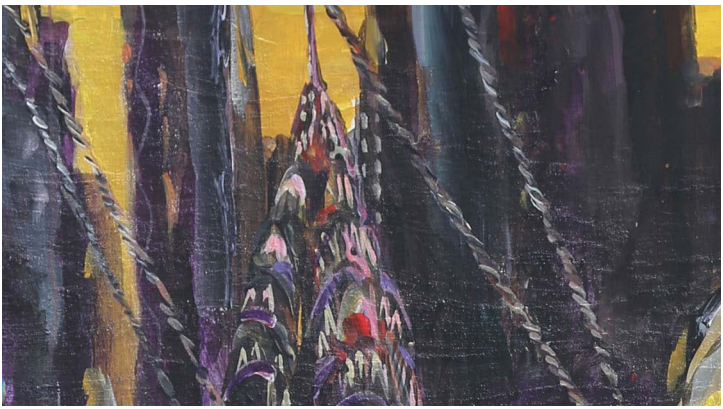
La mosca baja del techo y logra entrar por la ventana semiabierta de la casa. Recorre volando la cocina, donde el aire es caliente; sube hasta la luz cegadora de una lámpara, y luego baja rozando la lágrima que cae por la mejilla de un hombre; con el zumbido de sus alas continúa su vuelo por el brazo extendido del hombre; pasa a través del humo gris que sale de la pistola, luego desciende hasta el suelo para beber, golosa, del río de sangre que expulsa la frente de una bella mujer rubia.

Johann Miguel Luis Juan Dávalos. México

Ganador del primer lugar en el XII Concurso Estatal de Cuento "Un pueblo en la llanura". Mención honorífica en el Concurso Internacional de Cuento "Abriendo Puertas 2017". Finalista en el concurso "Villanos" de la revista *Mitos Magazín*.

Cuento
Mención

Román Ignacio Ksybala
Argentina



Malo para la salud

Estaba yo sentado en un banco de la plaza, acunando una botella de whisky para mitigar las penas, meditando con tristeza sobre todo lo malo que me había sucedido en los últimos meses. Examinaba esa curiosa pila de pequeñas desgracias que se había ido acumulando con el paso del tiempo y que me estaba empezando a ganar la partida. Y que ahora era coronada por ese diagnóstico, el informe de la biopsia que incluía una palabra nefasta terminada en *oma*. Nada bueno surge de algo que termina en *oma*. No hay gala anual de premios Oma; no hay OmaLotería. Recordé una vez más a Woody Allen, cuando decía que las dos palabras que uno más

ansía escuchar en la vida no son "*te amo*" sino "*es benigno*". Y el mío no lo era.

La Muerte apareció de la nada y se sentó a mi lado, guadaña en mano.

—El alcohol es malo para la salud —me reprendió.

Evalué su frase con ecuanimidad por unos segundos. Después la rocié prolijamente con el whisky y le prendí fuego. Huyó despavorida convertida en antorcha, luchando desesperada por apagar las llamas que le devoraban esa especie de sotana que usa. Su carrera solo avivaba el fuego y se perdió en la distancia aullando. Y acepté que sí, que el alcohol había sido malo para su salud.

Meses después, al atardecer, se oyó el sonido de la verja del patio y noté que la Muerte forcejeaba para entrar. Se atascó con el picaporte, se apretó un dedo con el enrejado y gritó dolorida. Dios, qué torpeza... Se le cayó la guadaña con un *clang*, y al agacharse a recogerla enganchó su túnica en los rosales. Se debatió y maldijo entre dientes, pero al cabo se paró delante de mí, recompuso su dignidad, y lanzó:

—¿De modo que fue usted quien incineró a mi hermana...? Jáh... Pues no parece gran cosa. Esperaba alguien más... robusto. Y debería saber que no es prudente tener una casa con patio abierto y sin alarma perimetral.

—Ataquen —ordené por toda respuesta. *Irán* e *Irak* atravesaron la cocina a la carrera, se le echaron encima y la hicieron pedazos. Tuvieron huesos para roer por meses.

Yo, dos; la Muerte, cero.

Eran casi las navidades cuando escuché ruidos en el techo. La Muerte recortaba su silueta contra la hermosa luna llena, tropezando con mis tejas en la penumbra y maldiciendo por lo bajo. Imaginé que planeaba entrar por la chimenea, de modo que trabé la reja inferior y comencé pacientemente a encender el fuego.

Ella descendió palmo a palmo, tomándose su tiempo y murmurando *jo-jo-jo*, en un aceptable remedo de Santa Claus, pero cuando llegó a la base se encontró con la reja y el fuego: imposible salir. Y descubrió de inmediato que bajar por una chimenea es una cosa y subir es otra, y comenzó a chillar desesperada.

—*Jo-jo-jo* —me burlé de ella, mientras avivaba el fuego.

Tres para mí, cero para la Muerte. Pocos días después mi médico anunciaba asombrado que, por alguna razón, mi organismo había entrado en remisión total. Que del *oma* no quedaban ni rastros.

Tal vez me han declarado persona no grata en esa siniestra hermandad, o quizás no aciertan a juntar coraje, pero han pasado ya doscientos diecisiete años y hace mucho que no vienen a buscarme. Acaso se desalentaron cuando sorprendí a la cuarta por la espalda y le di la bienvenida con un batazo de béisbol en el crá-

neo. Ese día redefinimos el concepto de perder la cabeza. O tal vez renunciaron luego de aquella noche en que creyeron tomarme desprevenido, durmiendo, y yo había ocultado el arma entre las frazadas. Disparé los dos cañones de la escopeta juntos y me llevó días extraer los mil fragmentos de hueso de las paredes.

Así que supongo que esto de matar muertes me ha inmunizado; que me he convertido en una especie de inmortal, o algo así. Una especie de Gilgamesh de mi propia Mesopotamia... Aunque es una lástima que las caperucitas negras ya no aparezcan, porque me había encariñado con ellas. Y me pregunto qué o quién vendrá a buscarme, cuando finalmente sea mi hora.

Mientras tanto, me entretengo corriendo un peligro mortal tras otro. Paracaidismo, motos de alta cilindrada, esquiar en la alta montaña, bucear entre tiburones o declarar abiertamente que mi cuarta esposa no tiene razón cuando discutimos.

Pero nada.

Ocho rehenes

Condenado fanático... Sigue aquí, entre nosotros, con los ojos llameantes y enfundado en explosivos. Detonador en mano, dueño de la situación y atento a los movimientos de la policía, que lo tiene sitiado puertas afuera del supermercado... Pensar que en el resto del mundo la gente se prepara para la Nochebuena, y él se prepara para volarnos en pedazos. Maldito fundamentalista.

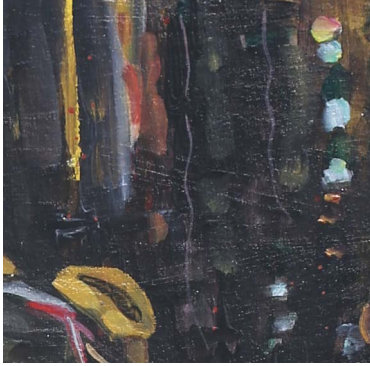
Este es uno de esos momentos en que lamento haber venido a un país tan violento y conflictivo… Pero una no decide de quién se enamora y a quién está dispuesta a seguir para vivir juntos. *Vivir* es

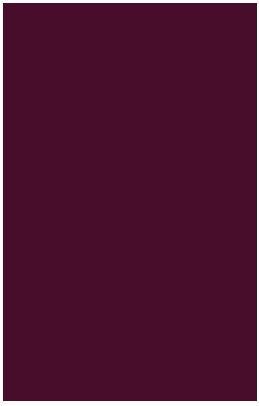
la palabra clave y mi cerebro se burla de mí, pues tal parece que he venido a morir. Hoy.

Observo a los aterrados rehenes: tres mujeres, dos niños, dos hombres… y yo. Ocho pobres diablos cuyo futuro de pronto ha pasado a valer menos que una bufanda. Palpo disimuladamente mi pistola, esa que jamás he usado contra un ser humano; toso para ocultar el chasquido y pongo una bala en la recámara. Sé que en instantes voy a arriesgar la vida y mi corazón es un tambor africano.

Intuyo que él me desprecia tan solo por ser mujer, de modo que finjo tener una crisis de nervios. Me le acerco suplicante, vacilo, balbuceo cosas. Mi lenguaje corporal refleja que he perdido el control de mí misma. Él me grita, me arroja al suelo, me insulta y me patea. Y yo me dejo golpear, me tomo la cabeza y me hago un ovillo a sus pies. Dejo de ser una amenaza.

Y él baja la guardia; se distrae y me quita la vista de encima. Ahora o nunca. De un zarpazo le atrapo la mano que sostiene el detonador y con la





otra le disparo bajo el mentón. Muere instantáneamente. Su cuerpo se relaja pero yo oprimo la mano que sostiene el artefacto.

Él se desploma. La gente huye chillando. Me inclino sobre su cuerpo para no soltarlo, temblorosa de adrenalina, esperando de un momento a otro la explosión que habrá de desintegrarme. Irrumpen las fuerzas especiales.

Me obsesiono en mantener esa mano cerrada, y me asalta un principio de vértigo. Sigo viva; a mi cuerpo no le falta ningún miembro.

Recién entonces noto que la anciana negra no ha huido con el resto de los rehenes. Se ha quedado a mi lado, tiene la vista clavada en el detonador y parece tan descompuesta de miedo como yo.

—Hija… mi familia me está esperando para cenar, y… podré volver a verlos y estar con todos ellos gracias a ti… ¿Quieres venir a casa conmigo y compartir esta Navidad con gente de color?

Alguien grita órdenes mientras me releva de apretar el detonador. Mi mano se siente agarrotada. Me incorporo y observo la sangre en el suelo y en mi chaqueta con un escalofrío. Me cae algo tibio en la mano, y comprendo que es mi propia lágrima.

Le digo que sí.

Como si una hiena vacilara

Cuando comprendí que era él, mi corazón falló un latido. Mis piernas comenzaron a temblar y casi dejé caer las tinajas con agua. Sí, era él… Alto, fuerte, apuesto… Casi desafiante, pese a esa lar-

guísima caminata con grilletes en los pies. De toda esa caravana de condenados, él era el único que no se veía abatido... Miserable.

Arrearon a todos rumbo a las celdas. Yo regresé a mi vivienda y esa noche no pude cenar. Dejé pasar las horas recordando, regresando a la vida que alguna vez tuve… Y esperé. Gasté una tinaja en lavarme y perfumé mi cuerpo. Las imágenes me siguieron asaltando sin misericordia y mis ojos lloraron hasta quedar vacíos. Y esperé.

Cuando todo estuvo en silencio, cuando ya todos dormían, me puse en marcha. Tuve que sobornar al carcelero para que me dejara entrar y me costó dos monedas de plata. Me trató como basura y exploró mi cuerpo en busca de armas más allá de lo necesario, porque sabía que no iba a hallar ninguna. Se dedicó a sonreírme con el rostro lascivo, sin comprender que estaba *palpando* el arma.

Todo mi cuerpo tembló cuando me paré frente a la reja, pero él no me reconoció; nunca supo quién era yo. Entré a su celda y le entregué mi cuerpo, y él no desconfió. Los arrogantes nunca desconfían. Creyó que era una consecuencia más de su apostura. Yo tuve que combatir el asco; por su sola presencia, por mis recuerdos y por su olor. Por permitir que su cuerpo tocara el mío.

Me poseyó con brutalidad y egoísmo, sin pensar en mí. Qué importa. Yo colaboré y lo dejé hacer, susurrándole al oído, y cuando finalmente aulló, no me marché. Esperé a su lado pacientemente, y comencé a acariciarlo otra vez.

Al principio él no mostró entusiasmo, pero poco a poco mis manos lo fueron venciendo y todo recomenzó. Llevó más tiempo y requirió más de mí, pero al cabo volvió a aullar. Todo su cuerpo se sacudió en espasmos y se desplomó. Y yo me tendí a su lado y esperé.

Esperé un largo rato.

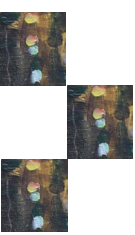
Él ya tenía una respiración pausada cuando empecé a acariciarlo rítmicamente. Despertó, asombrado, pero no se resistió. ¿Qué hombre se resiste? Mis manos trabajaron y estimularon, una y otra vez, aunque todo parecía en vano. El carcelero se acercó a observar, y yo le clavé la mirada mientras mis manos seguían trabajando. Él me sonrió desagradablemente en la semipenumbra y se alejó.

Finalmente, cuando mis brazos ya estaban doloridos, lo logré. Hubo un largo, larguísimo gemido de éxtasis, como si una hiena vacilara entre pelear por la presa y huir, y se lamentara de su titubeo. Él tuvo su tercera culminación y ni siquiera me dirigió la mirada. Yacía inmóvil y exhausto, con los ojos cerrados.

Recién entonces me marché en silencio. Él ya roncaba como un marrano. Le sonreí al carcelero y me retiré a mis aposentos.

Por supuesto que no pude dormir. Sabía lo que iba a suceder, pero tenía que esperar hasta el alba para ser testigo, y fue una larga noche.

Ellos llegaron cuando las primeras luces delineaban el horizonte. Sacaron a los prisioneros de las celdas a patadas, distribuyeron las armas y los enfrentaron entre sí, de a pares y vigilados por los guardias. Eran gladiadores veteranos, y estaban allí para detectar cuáles valían la pena; para elegir a quiénes se podría entrenar. Decidir en quiénes invertir su tiempo y descartar al resto.



Él estaba hecho un inútil y lo sabía, y advertí el pánico en su rostro. Su rival luchaba con furia, luchaba por su vida, y él apenas atinaba a levantar su escudo. Supongo que nadie comprendía lo que estaba ocurriendo, salvo yo… Y tal vez el guardia.

Finalmente cayó al suelo y le apoyaron una espada en la garganta. Él chilló por su vida sin ninguna dignidad; suplicó sin un rastro de vergüenza. Lo degollaron como a una gallina.

Nadie advirtió mi silueta acuclillada en el techo de la caballeriza; nadie vio la suave sonrisa en mi rostro. Por unas pocas monedas, esa escoria humana había matado a mi esposo, vendido a mi hijo y arruinado mi vida.

Pues yo lo había despojado de la suya. Había vengado la memoria de los míos.

Regresé a mi cuarto y comencé a elaborar el veneno que preparan en Tesalónica, el de acción lenta. Y esa noche, cuando todos dormían, volví a visitar al guardia. Simulé beber un trago de mi copa y le ofrecí mi cuerpo con una sonrisa. Hasta ahora nadie se ha resistido cuando ofrezco mi cuerpo sonriente.

Él me obsequió esa mueca lasciva de dientes marrones, y luego me poseyó de pie, espiando alerta por sobre mis hombros, atento que alguien nos sorprendiera. Yo le acaricié la nuca y le susurré cosas al oído.

Cuando todo terminó, le ofrecí mi copa.

Nueve ánforas

En la abrasadora tarde del cuerno de África, ella levantó su mirada por sobre el sitio arqueológico y sintió una corriente de desesperanza, un aire a fracaso. Una tras otra, las ánforas que había desenterrado eufórica esa mañana

solo habían demostrado contener antiquísimos restos de comida. Dátiles petrificados, residuos de una sustancia que alguna vez fue aceitosa, harina sólida y un poco de sal cristalizada. Y la octava ni siquiera eso: estaba vacía.

Era tan decepcionante...

Se le dibujaron sonrisas irónicas y oyó voces burlonas en su cabeza, de gente murmurando el consabido *te lo advertí*. Porque nadie había entendido su entusiasmo, y nadie había compartido su convicción de que ese era el lugar. Que allí, a orillas del Mar Arábigo, en ese antiguo puerto abandonado hace siglos, fue donde descansó Hatsubhim antes de embarcarse en su viaje final hacia la India.

Pero ella ardía de convicción, y tenía razones para que así fuera. A sus ojos, la topografía del terreno era idéntica a las descripciones que había leído tantas veces en los viejos textos de la biblioteca de El Cairo. Podía *ver* el paisaje en su mente, de tanto releerlo en las crónicas de la época. Sí, era allí... Ella *sabía* que era allí. Su cerebro le gritaba que ese era el lugar para buscar las últimas palabras, las últimas reflexiones escritas por el sabio y adivino más enigmático de la era antigua. La leyenda, el hombre que había deslumbrado a Egipto con sus vaticinios al punto de ridiculizar a los sacerdotes y tener que huir hacia Oriente para salvar su vida... Solo para perderla al naufragar su nave antes de llegar a destino.

Por eso su corazón latió tan fuerte cuando introdujo su mano en la novena ánfora y tocó papiros. Extrajo el primero temblando de excitación y se abalanzó a leerlo. No logró comportarse con la flema y el profesionalismo de una arqueóloga: la sangre beduina de su rama paterna se impuso a la formación occidental y se sentó a leer de inmediato. No documentó nada, no contó cuántos rollos eran: apoyó su espalda contra el terraplén y leyó. El sol de Soma-

lia aún estaba alto y ella protegió el papiro instintivamente de la intensa luz.

Enseguida comprendió que eran de él. Con el corazón enloquecido, luchó por conservar el aplomo y ser objetiva, pero sí… ¡era él, era su estilo! Y parecía estar exponiendo, justamente, un vaticinio. La débil campanilla de una cabra le informó de un rebaño a lo lejos y ella la ignoró. Sus ojos expertos, esos ojos que habían leído cientos de papiros escritos en la misma lengua, volaron por el texto.

… y en su ausencia todo habrá de terminar. Pero no será un final súbito y piadoso, sino lento y cruel. Porque será una larga agonía, que habrá de iniciarse…

Ella leyó la fecha, calculó mentalmente y se detuvo sorprendida. El año predicho era *este*, el año en curso... Y luego la releyó, ya con la piel erizada. Sí… los escritos se referían al día de hoy… ¡No, no era posible, algo estaba mal…! Inconscientemente levantó la mirada y echó un vistazo en derredor para ver quién le estaba gastando una broma, pero no... En la distancia solo la observaba su viejo y fiel Land Rover.

Una voz de alarma comenzó a murmurar en su cerebro. En otras circunstancias ella hubiera desestimado todo, pero era Hatsubhim… La figura mítica, el augur que había desconcertado a los estudiosos a lo largo de los siglos, porque todo, *todo* lo que predijo se había cumplido de manera infalible. Y no eran cuentos de viejas, no eran historias adornadas, mantenidas en la tradición oral por la noche y en torno a las fogatas: había decenas de papiros para documentarlo.

… Porque será el frío y el hambre lo que habrá de acabar con todos. Y se luchará por cada cabra que aún no se haya sacrifica-

do para alimentar a la familia, por cada trozo de pan, por cada uno de los dátiles acopiados, hasta que ya no quede nada.

¿"Frío"? Se podía freír un *huevo* al calor de esas rocas… Sus ojos leían con dificultad y acercó el papiro a su rostro, absorta, para ver mejor.

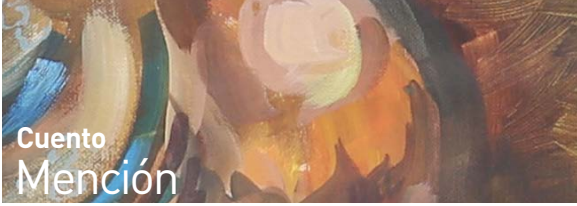
… Porque solo quedará lo que se tenga en el momento: nada más y nada nuevo habrá de crecer en la oscuridad. Y poco a poco, plantas y peces, hombres y animales irán pereciendo en ese mundo oscuro y helado.

Ahora ya casi no distinguía el texto. ¿Qué diablos…? Levantó la mirada y le costó divisar la silueta de su Land Rover en medio de una penumbra rojiza. Pero, ¿cómo…?

Y por fin atinó a dirigir su rostro al cielo y comprendió. El sol era de un siniestro rojo oscuro, y se seguía apagando ante sus ojos.

Román Ignacio Ksybala. Argentina

Es ingeniero en electrónica, nacido en Argentina de padres polacos. Casado y padre de dos hijos, ha estado radicado en Holanda donde comenzó a escribir. Actualmente vive en Bahía Blanca y ejerce la enseñanza de la informática. Ganador del voto del público en el Primer Certamen de Microrrelatos Simionema 2018 (España), Primer puesto en el Concurso de Cuentos Arsenio Escolar 2017 (España). Primer puesto en el Concurso de Cuentos revista *El parnaso del Nuevo Mundo* 2016 (Perú),. Primer puesto en el Concurso de Cuentos Barracas al Sud 2015 (Argentina). Segundo puesto Vº Concurso Literario Museo L´IBER de Relato Corto Histórico, 2015 (España). Tercer puesto I Certamen de Microrrelatos de Ayamonte 2015 (España). Tercer puesto concurso de narrativa La Aventura de mi vida 2015 (España), publicado en el primer número de la revista *Archiletras*. Tiene numerosos cuentos y microrrelatos publicados en papel y *online*.



Cuento
Mención

María Pilar Doñate Sanz.
España

El pirata mudo

En el mes de noviembre la ciudad empezaba a inundarse de franceses, una tradición que se remontaba a 1908 cuando los colonialistas galos crearon el protectorado de Kampuchea. El sur de Camboya se convertía así en ese trocito de paraíso que muchos ansiaban habitar durante sus vacaciones para dejar de lado el estrés. Las tiendas, incluso las más pequeñas, a partir de entonces lucirían a la entrada todo tipo de artefactos occidentales, para que aquellas gentes que permitían mover la economía –agonizante durante el resto del año– se sintieran cómodas. Entre los artilugios pintorescos se encontraban algunos flotadores en forma de rana, abanicos españoles y barreños de plástico utilizados para meter por las no-

ches los pies en agua fría. Todo cambiaba, las calles, las luces, el mercado, incluso la chatarrería, a ella llegaban todos los trastos que los nuevos inquilinos no querían ver en las casas coloniales que compraban. Este fue el caso de Etienne Rideau, un capitán de barco a quien la distancia entre el timón y sus manos le valió una joroba. Había navegado desde chico, primero con su padre, pescador de Marsella, y de joven con unos piratas en la zona de Etiopía, algo de lo que le gustaba alardear, sabiendo que estas batallas despiertan la curiosidad incluso de los más incrédulos. Pues bien, Etienne decidió comprarle una maison a Samai, un señor cuyos días transcurrían sentados bajo un bananero con el único objetivo de esperar la muerte mientras veía cómo crecían y amarilleaban los plátanos. Aunque la casa le fascinó al capitán, lo cierto es que las estancias estaban repletas de cientos de cachivaches que habían acompañado los cientos de años con los que contaba Samai, algo a lo que no estaba acostumbrado ningún marinero que haya pasado más tiempo en alta mar que en tierra, ya que los enseres en un barco se limitan a la nostalgia y al desarraigo. Por eso la primera reacción de Etienne fue deshacerse de cuadros, tazas de porcelana, baúles y arañas que de haber podido hablar se hubieran declarado propietarias de la casa por derecho. Sin embargo, hubo algo de lo que no se pudo deshacer: una silla de mimbre blanco. No fue por voluntad propia, ni mucho menos, fue una condición que le puso Samai para venderle la casa, no siendo la única. La silla debería permanecer durante un año junto a la orilla del mar, dándole intencionadamente la espalda al oleaje. Aunque la cláusula irritó ligeramente a Etienne, no viendo

en esa silla más que un obstáculo a la vista que tendría la que se convertiría en sala de estar, en la que ya se imaginaba con un vaso de whisky frío escuchando con el gramófono alguna canción de Edith Piaf, acabó aceptando, consciente de que detrás de él había una lista de franceses esperando por aquella casa colonial situada junto a unas aguas calmas, una auténtica delicia que podía verse perjudicada si aparecían sus compatriotas con flotadores en forma de rana y abanicos españoles. Aceptó, sí, pero no sin cierta desconfianza. Samai podría haber elegido preservar cualquier otro mueble, como la cama de la habitación del fondo, cuyas sábanas parecían haber sido cosidas por diosas de un mundo todavía no conocido, o quizás el armario que albergaba toda una colección de mariposas con espléndidas alas de colores salvajes con un historial de vuelo seguramente corto, aunque majestuoso. Pero no. El anciano decidió que tenía que ser la silla de mimbre blanco y un hombre que espera su muerte debajo de un bananero contemplando cómo amarillean los plátanos, no decide cosas por casualidad, por lo que a Etienne se le puso el corazón en un puño recordando todas las prácticas de magia blanca que había presenciado en Etiopía y en otros muchos lugares en los que atracó el barco para comprar y vender telas. Aquellos asuntos de chamanes se los tomaba bien en serio, porque la única vez que le dio por bromear y ridiculizar las prácticas de los ancestros, se inició una tempestad con la que estuvo a punto de perder la embarcación. Así, ya instalado en la casa, esperó a que se hiciera de noche para formalizar la parte del contrato con la que se comprometió. Rechistando como un niño al que le obligan a

comerse las acelgas, se dirigió al salón, donde ya no quedaba ningún objeto antiguo –salvo las arañas, que en lugar de marcharse se escondieron para volver a salir–, cogió la silla de mimbre y la cargó en su hombro derecho. Anduvo apenas unos metros sobre la arena y cuando llegó a la orilla la depositó delicadamente en la posición acordada. En un primer momento no le pareció buena idea sentarse sobre ella, no le encontraba sentido estar junto al mar y no contemplarlo. Desde pequeño, desde que empezó a pescar con su padre cerca del puerto de Marsella y durante los años que había sido capitán, no había hecho otra cosa que mirar embelesado su inmensidad, su belleza, sacando de él todas las riquezas que poseía, desde atunes o sepias a tesoros perdidos en las profundidades por la avaricia de reyes de antaño, lo que le llevó a gritar a los cuatro vientos los conocimientos que poseía sobre el medio acuático. Pero aquella noche había luna llena y el reflejo del astro le empujó a sentarse sobre el asiento de mimbre, no se sabe si fue algo fortuito o la magia de Samai tuvo algo que ver. Sea como fuere Etienne acabó sentado, no sintiéndose cómodo, más bien angustiado. En un primer momento no pudo evitar mirar de reojo al mar, inclinando ligeramente su torso, pero de manera progresiva la luna captó toda su atención. Su mirada se concentró en el cielo y sus oídos, por primera vez, se concentraron en el susurro de las olas. Conforme pasaban las horas Etienne se fue dando cuenta de que el mar no solo era una apariencia, también hablaba. Sus ojos derramaron cientos de lágrimas y desde aquel día enmudeció.

María Pilar Doñate Sanz. España

Ha sido reconocida con diferentes premios literarios, en su mayoría dedicados al tema de mujer e igualdad. Profesionalmente se ha dedicado a trabajar en los campos de la educación y de lo social.

Cuento
Mención

Juan Pablo Ortiz Marín
Colombia

Pier Paolo

Soy el perro del ornitólogo. Un hombre que hizo contratos con el ejército y otros tantos con una farmacéutica alemana. Viudo y huérfano, antes le decían doctor. Ahora se dedica a observar aves. Ya no me habla. Con el alba se despierta a mirar los pájaros, se retira a su estudio antes de las diez y reaparece con el ocaso, igual, a contemplar aves. Como mis tertulias con él han llegado a su fin, me limito a organizar cada día mis memorias echado a la sombra de un mandarino: hijo de una perra criolla, mi futuro era la manada y la muerte por el tráfico o el hambre, hasta que el azar nos cruzó cuando una de sus estudiantes se enterneció con mis ojitos de cachorro desamparado y me llevó a un apartamento donde el ornitólogo desnudo la esperaba entre las sabanas. “Eso todavía no, amor, soy una aficionada al sadomasoquismo en periodo de adiestramiento”,

y antes de que las cadenas terminaran su trabajo, la estudiante salía corriendo semidesnuda envuelta en lágrimas y me quedaba a solas con el hombre.

Esa noche nos vimos una película de Pasolini y de ahí mi nombre: Pier Paolo. Fue una alianza a primera vista. Con la primera píldora las puertas de la percepción canina llegaron donde nunca habían estado. Vi la parte del todo de un fractal, un mandala de orquídeas y helechos, una serpiente alrededor del sol comiéndose su cola, la luz de una estrella muerta y un viejo Hermes Trismegisto. Con la segunda abracé el lenguaje y con él la angustia. Hubo tres más, en el plazo de muchos años y hoy me parte el corazón saber que la geometría nunca alcanzara la metafísica.

Ahora vivimos en una finca y me consuela saber que puedo hablar con los fantasmas. Por lo menos con dos. La niña y la perra. La niña es adorable: a veces se cree super moderna y trae el cabello teñido de purpura; juega con una mazorca a chatear con un novieciito por WhatsApp. Otras veces, en cambio, se le sale la tristeza, con la lengua en la mano, anda por ahí sin cabeza, escurriendo litros de sangre por la entrepierna. "A mi esos hijuemadres me mataron muy feo" y se echa a llorar, pero sus gritos levantan a todos y la dejo un ratico para aguzar el susto a los vecinos y después le digo que se calle, que eso pasó hace como cincuenta años y que lo que logra es que se alborote la perramenta a ladrar y aullar toda la noche y eso si saca de quicio al ornitólogo.

Esta mañana llegó la vecina a decirle al ornitólogo que era yo el que me estaba robando los huevos. Regalo, la perra fantasma en algún momento me guio entre la cerca que separa la finca del camino, me indicó la abertura que hay entre el muro y los galpones, el silencio que reina en la noche entre las gallinas ponedoras. Y desde entonces juego a ser zorro, a escurrirme entre la viruta, a

esconderme entre los cafetales, a enterrar los huevos en la tierra batiendo la cola. Me paro entre el ornitólogo y la vecina y levanto mi pata delantera derecha, lo que mi dueño entiende de inmediato y saca un billete de los grandes, se lo estira a la vecina y le da la espalda.

Salimos con regalo y hemos vuelto con un huevo azul, la virtud de una gallina viejísima que si nos ve ni se inmuta y cede el fruto de su vientre con familiar docilidad. Volvemos debajo de los alambres por el mismo camino. Ningún perro nos olió, ningún chamizo seco nos delató. Al llegar al mandarino a escarbar por los huevos, vemos al ornitólogo venir del escampado directo hacia nosotros. Pero él solo me ve a mí. La niña ve la escopeta y reproduce el acto de su muerte a manos de los chulavitas. Como que la cogen de un brazo, la cogen del otro y hace que algo le tapa la cara, se sube la falda y el vientre se le retuerce un rato largo, hasta que se le cae la cabeza y grita, grita tan fuerte que los perros ladran. Pero el ornitólogo no se inmuta. "De usted esperé algo mejor, Pier Paolo, pero la impureza de su raza no la arregla ni la ciencia". Entonces escarbo la tierra con todas mis fuerzas sin mirarlo porque mis ojos se quedan con mi colección de huevos y pienso que nunca nacerán. Dejo caer el huevo azul que llevaba entre mis dientes y antes de que el disparo me estalle las costillas emergeré de nuevo entre las piernas de mi madre, para que mi destino de perro se cumpla, para ser solo instinto y olvidar mi vida de hombre, porque no quiero ser un fantasma por el que los perros ladren en la noche.

Antes del relámpago

En la puerta del restaurante, de pie, bajo en tenue farol, está una hermosa anfitriona vestida con un qipao estampado de grullas blancas y flores de cerezo, preguntándole a tu padre la cantidad de personas con las que desea compartir la mesa. Pregunta protocolaria, es evidente que la mesa es para tres: tu padre, tu madrasta y tú; aun así, papá contesta con una sonrisa "mesa para tres, por favor". Ingresando por unos monumentales portones de madera gruesamente enchapados, ves que las luces tenues transforman en sepia el ambiente y de fondo, sin precisar de dónde, alguna canción de *cool jazz* remata el aire galante del salón. Botellas de vino y vodka geométricamente dispuestas, todas reflejadas en anaqueles con espejos, acomodadas una y otra vez por el hombre del bar que te mira de soslayo el escote. Antes de ir a la mesa que les ha escogido una mesera altísima y de cabellos tinturados, ves la cocina cargada de un gran ajetreo. El hombre del sushi enrolla rápidamente sin dejar de mirar los papelitos que salen de una impresora al alcance de su mano. Una mujer revuelve enérgicamente una gran olla con densos vapores y un chico de tu edad maniobra con pericia en una paila gigante algo que te parecen tallarines. Es el wok y lo que ves es el legendario wok hei de Valeriano Salas, la razón por la que tu padre escogió este restaurante en un día tan especial: es tu grado de ingeniera. Pero Valeriano se ve peor que el tipo del sushi con la frente húmeda y la lengua por fuera. Ya en la mesa, algo te llama la atención en la carta: Sushi Special: ½ california, sashimi + nigiri. Pero tu padre ya está escogiendo por ti: pad thai. Nada que hacer, se venía venir. Ves la carta, el pad thai es al wok. Por tanto, un hombrecito minúsculo y con acento paisa, que no ha hecho más que gritar desde que llegaste, le dice a Valeriano Salas que "marcha

pad thai con camarones y pollo" y ves que las gotitas de sudor en la frente de Valeriano se multiplican. Algo te distrae, es un lenguaje raro en la puerta, una voz de otro mundo, un chino (el prejuicio, siempre el prejuicio, porque podría ser japonés o coreano) ingresa atropelladamente por los portones de madera gruesamente enchapados y en ese momento (un momento que tanto se parece a una vieja serie de televisión a blanco y negro) tu padre pregunta dónde está el baño. Tu madrastra se pone a gritar porque afirma haber visto una araña negra pasando por el mantel blanco. El chino le hace señas y reverencias a la anfitriona vestida con el qipao. Valeriano Salas grita horriblemente y en la cocina rápidamente todo es confusión. Al mismo tiempo tu madrastra brinca berreando desesperadamente de la silla. Tu padre sale del baño y se acerca, curioso, a la cocina donde reina una agitación terrible y se ofrece a llevar al pobre muchacho que se ha quitado un dedo. Tu madrastra se desmaya, pero alcanzas a amortiguar el golpe de la caída con un movimiento certero, entonces pones en marcha todo lo que sabes de primeros auxilios, pero el chino ya te está ayudando, le acomoda un frasquito de vidrio diminuto a tu madre a orillas de las fosas nasales y tu madrastra vuelve en sí, confusa, aturdida, y el chino, a lo Bruce Lee, te colabora levantándola de un tirón y juntos la sientan en la silla donde estuvo antes. Sientes un tenue olor a gas. Tu madrastra, temblorosa, agarrándote de la mano, te dice que tuvo la impresión de haber visto una horrible araña, entre el frasquito de la salsa soya y el florero, pero la atención en tu madrastra se desvía vertiginosamente a un barullo que viene hacia ustedes. Tu padre pide que le abran camino y junto

con tres o cuatro cocineros llevan al pobre Valeriano Salas agarrado de su impecable uniforme blanco bañado en sangre. La anfitriona y los meseros dan complicadas a los comensales asustados. Los cocineros que no se fueron con tu padre se asoman al salón y entre murmullos hablan de lo sucedido. La mesera altísima y de cabellos tinturados se acerca a la mesa y le ofrece a tu madrastra un vaso con agua y servicio de taxi si es preciso. Tu mirada se cruza con la del chino. Se sonríen. Tu madrastra, con una discreta sonrisa, le explica a la mesera que no, que no es necesario, sonrojándose aún más y levantándose de la silla para colocarse junto a una lampara de pie cuello de cisne. Le dices al chino, como excusándote, que tu madrastra creyó haber visto una araña en la mesa. Oh, sí, pelo si hay una alaña en la mesa, dice el chino sonriente, señalando con el índice en medio del frasquito de la salsa soya y el florero. Tu madrastra, enloquecida, salida de sí, sin dejar de gritar, toma la lampara cuello de cisne y la estalla contra la mesa explotando en un único chispazo que se hace infinito en los blancos dientes del chino porque a nadie, nunca, jamás se le ocurrió cerrar la perilla de la estufa donde Valeriano Salas hacia maravillas con el wok.

Juan Pablo Ortiz Marín. Colombia

Docente y estudiante universitario. Fue finalista en el III Concurso de Cuento Caro y Cuervo, así como del Primer Concurso para Escritores Jóvenes Andrés Caicedo.

Cuento
Mención

Raúl Clavero Blázquez
España

Gustos

Da vueltas y más vueltas con la cuchara, mientras mira un punto fijo de la pared. El camarero nos observa desde el otro lado del salón. Somos los únicos clientes, supongo que le gustaría traernos cuanto antes el segundo plato y el postre y la cuenta, pero Fernando sigue perdido en el dibujo del papel pintado.

—¿No tienes hambre? —le pregunto al fin.

—Cuando era pequeño odiaba las lentejas, ¿sabes? De hecho, desde que me independicé para ir a la universidad estuve años sin comerlas. Fue hace solo unos meses, en una visita a la casa de mi madre, cuando volví a probarlas únicamente por complacerla, y me sorprendí entonces de lo mucho que me gustaron.

—Eso es normal. Los gustos cambian. A veces las cosas que no soportamos terminan por encantarnos.

—¿Y no te parece triste?

—No, ¿por qué?

—Porque también puede suceder al contrario, que aquello que al principio nos fascina deja, poco a poco, de interesarnos.

Y me mira, y me coge de la mano, y siento un escalofrío porque sé que ahora vamos a tener esa conversación que llevamos aplazando tanto tiempo. El camarero se acerca.

-¿Está todo a su gusto? – nos pregunta.

Raúl Clavero Blázquez. España

estudió la carrera de Filología Hispánica y un máster de guion para televisión y cine. Ha trabajado como guionista y redactor para varias productoras de televisión y de radio. Ha sido reconocido con premios de guion en concursos como el Rovira-Beleta y desde finales de 2011 he empezado a participar también en certámenes de relato breve y de microrrelato, obteniendo en este tiempo más de doscientos premios como el Europe Direct de Cáceres, el concurso internacional de relatos de la Semana Negra de Gijón, el Ciudad de Marbella, el Joaquín Lobato, el Villa de Montánchez, el Camilo José Cela de Padrón, el Ciudad de Elda, el Kimetz de Ordizia o el José Calderón Escalada de Reinosa, entre otros. En noviembre de 2017 salió a la venta *Ausencias*, su primer libro de relatos, publicado por la editorial sevillana La Isla de Siltolá.

Cuento
Mención

Ernesto Tancovich
Argentina

En Pripyat

¿Qué serán? se pregunta Ludmila, fascinada por esas esferas plateadas que danzan en el aire, como diminutas pompas de jabón.

Ha estado cosechando remolachas y tiene ya un buen manojo de ellas. Hará un sustancioso borsch, con crema fresca. Su embarazo merece una buena alimentación.

Se demora en extirpar unos hierbajos. A la sombra de las plantas, brillando con luz propia, se han acumulado esas pequeñas esferas. Recoge unas cuantas. Se las mostrará a Seriozha, cuando regrese de la Central. Él sabrá decirle qué son. Por de pronto son raras y bellas. Se verán bien en un cuenco, sobre la mesa baja.

Camino a la casa ve elevarse en el horizonte una columna de humo espeso, que borronea el perfil de la torre. Algo ocurre, piensa, quizás algo malo.

No bien llega enciende la tele. Están transmitiendo desde la Plaza Roja un tedioso desfile de escolares, con estandartes y globos. La música, entre infantil y marcial, la distrae unos instantes. Pone a hervir las remolachas. Parece una mañana entre tantas. Sin embargo no deja de inquietarla ese nubarrón que crece, ostensiblemente, a lo lejos.

Seriozha no regresaría. Pripyat pasó a ser una ciudad fantasma. Ludmila ha vuelto a su casa natal, en Kiév.

Meses después, dolores prematuros la llevan a internarse.

El obstetra, sombrío, le comunica que el bebé no ha sobrevivido. Añade que, dadas las circunstancias, es mejor que así haya sido. No se detiene en detalles. Su mirada, perdida en un punto incierto, la elude. Evita pronunciar las palabras radiación y Chernobyl. Da media vuelta y sale.

(A la poeta bielorrusa Tamara Karpenok)

Erizo

La nave orbitó el planeta marcado en la carta de navegación. Suaves colinas, praderas apacibles, parecía haber sido peinado por

las manos benevolentes de algún dios. Pensaron un nombre que sustituyera la odiosa denominación X347 utilizada en la misión.

—Seda —propuso la guardiamarina Haydeé Silva al promediar la segunda vuelta—. Seda parece un nombre apropiado.

Seducido por las aterciopeladas ondulaciones, el capitán Esteban Suárez se prometía extendidas cabalgatas al sol. El timonel Desiderio Arrieta, más práctico, veía campos propicios para la cría de ganado y la implantación de maizales.

Elegida una elevación propicia, aprestaron la maniobra de descenso. En cuanto la nave tocó tierra, el planeta se encrespó en crujidos que parecían anunciar el ocaso de los tiempos. Los verdores huyeron. Todo se hizo piedra oscura.

Y la superficie se erizó de picos puntiagudos, hirientes.

—No nos quiere —dijo la guardiamarina, desolada—. Este planeta no nos quiere.

—Nos quiera o no, la misión será completada —replicó, tajante, el capitán.

El timonel guardó silencio, imaginando la mejor manera de cercenar esos brotes de piedra.

Nitroglicerina, láser, fractura hidráulica.

Habían domado ya otros planetas, tal vez más huraños.

En principio acordaron modificar el nombre. Lo llamaron Erizo.

Vida de artista

Unos veían una tolerable excentricidad en su costumbre de crear dibujos absurdos en la pantalla. Pero el capitán Ahab, que desconfiaba de esas veleidades, le había iniciado el trámite de exoneración.

Bansky se anticipó.

Sustrajo del depósito las pistolas de alta temperatura con toda la provisión de cargas y desertó, huyendo en la nave auxiliar. Pude imaginarlo desde aquel día trazando sus líneas enloquecidas en la dura piel de los planetas mediante la técnica de fusión de roca.

En el cuarto planeta se nos escabulló por un pelo. Ahora, en el tercero, los diseños parecían ser de muy reciente ejecución.

—Esta vez no escaparás, Bansky —gruñó Ahab.

Yo sabía más, pero había prometido no contarlo.

Bansky, desplegando los dibujos, me había confiado su plan.

—No creerás que me conformo con estos papeluchos. Son apenas bocetos. Haré algo grande, Ismael, lo verás. Una obra que traspasará los siglos.

—Te atraparán, Bansky.

—No, Ismael. He tomado mis recaudos.

Sobrevolábamos una planicie de piedra en la que se desplegaba el extraordinario dibujo de una especie de ave.

—Idiota —masculló Ahab—. Pagará por esto.

Exploramos la zona volando en círculos concéntricos cada vez más amplios. Se nos presentaron lagartos, simios, humanoides y trazados carentes de sentido, pero ni sombra del artista.

—No entiendo —dijo Ahab, escudriñando los trescientos sesenta grados del horizonte.

—Los burócratas —había dicho Bansky aquella tarde— arremeten contra aquello que no entienden. Es fácil burlarlos si se adopta una lógica diferente.

Concluida aquella misión gestioné el traslado a tierra. No me hubiese gustado estar presente el día en que le echaran el guante.

Ahab insistió por años en su cacería, navegando de planeta en planeta y llegando siempre después que Bansky se hubiese esfumado dejando tras de sí otra de sus obras indelebles.

Aquel capitán loco pereció en un extraño accidente. De la vida del artista poco y nada se sabe.

Cada tanto alguna de las expediciones transmite la foto de un nuevo dibujo.

*****

La cabeza

Que tuve suerte, a pesar de todo, dicen. El equipo de emergencias de la empresa reaccionó con celeridad. Un minuto había pasado de la explosión cuando ya la cámara criogénica arribaba al lugar. Inmediatamente lo que quedaba de mí era sumergido en ni-

trógeno líquido y antes de que transcurriera otro minuto alcanzaba los 196°C bajo cero.

Los doce días en espera de un donante valieron la pena. El cirujano amputó desde el cuello conectando enseguida el cuerpo sustituto, un modelo SOMA23.

Fabricado en acero cromo vanadio, dotado de una computadora principal y otra auxiliar, 1.5 HP de potencia y diseño de Sorayama Hajime, es sin duda el mejor de los producidos por la Bodytech Inc.

Aunque poseo el título que lo acredita de mi propiedad, nunca llegué a sentirlo parte de mi ser. Me relaciono con él de la manera ambigua con que lo hacía con mi bicicleta. Sé que ha soportado en vidas anteriores otras cabezas y que sobrevivirá a la defunción de la mía. Es casi inmortal, y esa condición odiosa lo hace aún más ajeno.

No meramente algo físico me ha sido amputado. Hoy comprendo que también los cuerpos piensan, algo que a este admirable artefacto tecnológico le ha sido negado.

Acotados a la estrechez del cerebro mis pensamientos son ahora fríos y distantes. Hay un hiato insalvable entre ellos y la vida. Y a medida que se desvanezca el recuerdo de mi antiguo cuerpo se irán haciendo aún más abstractos.

Presiento la muerte como un incidente trivial, asimilable al apagón de una lamparita eléctrica e imagino el entierro de mi envejecida cabeza en un ataúd diminuto, de los que se usarían para sepultar un gato o un perro pequeño.

Últimamente observo aterrado que ciertos errores en la programación del nuevo cuerpo lo llevan por sendas propias, que mi cabeza sobreviviente desconoce.

A menudo desobedece mis órdenes más elementales. Ha roto tazas y volcado ollas, descartado papeles importantes y libros, elige a su capricho la ropa, se niega a suministrarme el alimento a las horas debidas o a peinarme. Hoy desperté gritando. En sueños había cometido un crimen horrible. La primera claridad del día alumbraba sus manos de acero, todavía crispadas.

Ernesto Tancovich. Argentina

Escribe regularmente desde 2014, por lo tanto autor tardíamente novel y prematuramente póstumo. Algunas distinciones: finalista y mención Provincia de Córdoba por *El niño stalinista* (poemario), dos veces finalista Universidad de Cali por *Las playas del tiempo* y otros cuentos. Premio Bioy Casares por el poemario *Radioterapia*. Ha publicado en revistas y antologías de Argentina, Perú, Colombia, México, España y Estados Unidos.

Cuento
Mención

Kalton Bruhl
Honduras

Junto al estanque

Adonis, el más hermoso de los hombres, murió a causa de las heridas causadas por Ares, transformado en un temible jabalí. Afrodita, su amante, recuperó su cuerpo y lo depositó en el fondo de un estanque. Cierto día, un hombre contrahecho y repulsivo se acercó a beber de las cristalinas aguas del estanque. Al inclinarse, sus ojos se llenaron de lágrimas. Todas las burlas, todos los escarnios estuvieron siempre motivados por la envidia, se dijo. Ahora que conocía la verdad, ya nada podría alejarlo de aquel lugar. Cuentan que Narciso se consumió de orgullo, creyendo suya la inefable belleza del otro.

Kalton Bruhl. Honduras

Ha publicado los libros de relatos *El último vagón* (2013), *Un nombre para el olvido* (2014), *La dama en el café* y otros misterios (2014), *Donde le dije adiós* (2014), *Sin vuelta atrás* (2015), *La intimidad de los Recuerdos* (2017), *El visitante* y otros cuentos de terror (2018), *La llamada* (2019); la novela *La mente dividida* (2014). Es premio nacional de literatura Ramón Rosa y miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia de la Lengua.

Cuento
Mención

Gabriel Fernández Chapo
Argentina

Buenos Aires y otros cuentos

Cajas voladoras

Él toca el timbre. Es el último departamento del último piso y por eso larga un suspiro de alivio; hasta quizás ya imagina qué hará el resto del día. Si bien ya pasaron tres años desde que su padre le pasó el trabajo de fumigador, legado que él aceptó a modo circunstancial hasta que termine la facultad, todavía le resulta soportable su tarea diaria. Le alcanza para el alquiler del monoambiente, los

apuntes y fotocopias, los libros, el cine de los miércoles y las fiestas alternativas que le gusta frecuentar, aunque ahora que llegó a los 25 años se empezará a replantear ciertas cosas.

Se abre la mirilla de la puerta y una pupila espía desconfiada. Él hace un medio giro para mostrar la mochila amarilla con el líquido antibichos que porta en su espalda y en forma inmediata el clic de apertura de la cerradura abre paso a la sonrisa excesivamente impostada de la dueña de casa.

—Adelante, por favor—. Ella luce unas zapatillas deportivas un poco gastadas, unas calzas negras con vivos rosas fosforescentes y una remera muy larga y de gran escote que permite ver uno de sus hombros.

Él acepta el gesto de torero que hace ella con el brazo para invitarlo a entrar, pero se tropieza con un par de cajas de cartón grande que están en medio del living. Se parece a la seño Isabel, piensa él. Enseguida se da cuenta de que toda mujer que tenga entre 40 y 45 años siempre le parece similar a esa maestra de séptimo grado que le inspiró sus primeras poluciones nocturnas.

—Menos mal que viniste, Ariel. Me tienen loca las cucarachas voladoras —dice ella con un tono tan jocoso que pareciera estar contando sus últimas vacaciones en el Caribe.

El se pregunta cómo ella sabe su nombre, pero recuerda avergonzado que su mamá, como si fuera un niño del jardín de infantes, le cosió las palabras "Ariel Pérez Carmona" en su camisa Ombú. Él nunca cuestiona a su madre.

—¿Se está mudando? —pregunta él para romper un poco esa tensión de ser un extraño en la intimidad de un hogar ajeno. Ella borra la sonrisa en forma abrupta. Él repasa con la vista las cajas en

el suelo, las manchas en la pared de los cuadros que ya no están y la falta absoluta de portarretratos. No es mala su hipótesis. Para minimizar su aparente infidencia, le pregunta dónde está el baño.

—Las rejillas del baño son las preferidas por las cucarachas. Suben por las cloacas —dice convencido Ariel para dar seguridad a la eficacia de su trabajo.

Al tirar el veneno en los rincones, un desagradable olor comienza a invadir el departamento. Pero Cristina, vamos a suponer que se llama así, no parece sentirlo. Ella solo lo mira trabajar apoyada en el marco de la puerta con una taza de café en la mano. El siente los ojos de ella que se posan en su nuca, en su espalda y en su…

—Perdón. Qué descortés que soy. ¿Querés un café? Tengo recién hecho—.

El asiente con la cabeza porque ya se puso el barbijo en la boca.

—Solo me faltan tus tetitas mi muy cochina —dice él apenas audible, pero suficientemente fuerte para que Cristina, quien estaba yendo a la cocina a servirle la taza de café, abra los ojos de un modo exorbitante.

—¿Cómo decís?

El se baja el barbijo y repite:

—Solo me faltan tus rejillas de la cocina.

Ella suspira. No sabemos si de alivio o desilusión.

No le lleva más de tres o cuatro minutos a Ariel terminar su trabajo. Cristina lo espera sentada en la gran mesa del living con una gran taza de café bien humeante que tiene el dibujo de una playa

y la palabra Cancún. Él se saca delicadamente la mochila amarilla y dobla con sumo cuidado el barbijo, del mismo modo que su madre le enseñó de niño a doblar los pañuelos de tela.

—Lindo, ¿no? Dicen que las playas son paradisíacas —comenta Ariel tomando la taza de café y señalando el dibujo.

Ella lo mira fijo unos segundos y comienza a llorar. Primero es un llanto suave, dulce casi de niña, pero luego gana intensidad hasta llegar a unos espasmos que preocupan a Ariel.

Él se levanta con desgano para tratar de consolarla pero ella lo frena con una mirada de pupilas dilatadas.

—Perdoná. Ese fue nuestro primer viaje. Pensé que la había tirado.

Él saca un pañuelo blanco de su bolsillo y se lo alcanza.

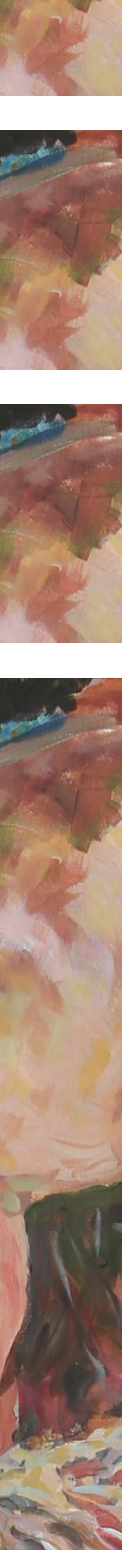
—Son cosas que pasan. Cada pareja un mundo, ¿no? —Él no sabe por qué dice esa frase sin sentido.

—Estoy bien, gracias. Hace dos meses que convivíamos —dice ella en una pausa de los espasmos de llanto.

—Ah… pensé que era una relación más larga.

Ella vuelve al llano estrepitoso, ruidoso. Le gusta llorar, es su modo para deshacer sus emociones como si fueran unas frutas en la licuadora.

—Intensa, no larga. Por él, dejé a mi esposo después de 20 años. Mi hija no me quiere hablar. Yo me la jugué. Dejé todo por él y mirá...



Ella revuelve el contenido de su cartera que está en medio de la mesa junto a un florerito de lavandas hasta encontrar el teléfono celular. Le muestra una foto.

—¿Es tu hija?

—No, es la nueva novia. Ya tiene nueva novia y postea fotos con ella todo el día. Tiene tiempo para estar con ella y no para venir a buscar los cuatro petates que le quedaron acá.

Apenas ella dijo la palabra "petates", él no pudo evitar recordar a Susana, la madre de su mejor amigo de la primaria, quien él adoraba ver con su vestido floreado juntar quinotos del árbol del fondo cuando iba a jugar a su casa. "Nadie se va hasta juntar todos los petates" era su frase de cabecera.

—Deberías vengarte —dice ahora él creyendo en esa máxima popular del amor.

—¿Cómo?

—Sí. Yo, en tu lugar, también haría un posteo con algún tipo para que sepa que lo olvidaste y que ya no te importa. Hay que tener un poco de orgullo. Quererse —agrega él convencido de una verdad que vaya uno a saber de dónde sacó.

—¡Qué gran idea! —dice ella con un repentino entusiasmo que se diluye en un silencio que confiesa no tener a nadie en su vida para ocupar ese personaje.

Como un cielo de nubes negras, Ariel intuye que se acerca un nuevo espasmo de llanto y agarra el teléfono de ella, se acomoda a su lado y saca una *selfie* juntos.

Sonríe satisfecho. Siente la felicidad de ayudar a alguien y también la excitación de tener al doble de su seño de la primaria tan cerca de él. Pero ella mira la foto con desdén.

—Se ve la camisa de trabajo. No es muy creíble ni creo que le despierte muchos celos.

—¿Querés que me cambie? —pregunta él.

Ella asiente con la cabeza y en forma inmediata se para, abre una de las cajas de cartón y saca una camisa a cuadros celestes con cuello azul.

Él distingue que es una camisa muy fina y costosa. Le llama la atención su liviandad. La mira a ella como preguntándole si debe ir al baño a cambiarse, pero dado que ella ni se inmuta decide sacarse ahí mismo su camisa de trabajo.

Ella escudriña con su mirada las formas que hace el vello en el pecho de él, como cuando era chica y buscaba formas conocidas en las nubes. También distingue un tatuaje en su brazo derecho con el nombre de "Amalia" que ella presume que es el nombre de su madre.

Nueva *selfie* y nuevo gesto de desilusión en el rostro de ella.

—No es suficiente. Me parece que no es buena idea esta —agrega ella.

Él no quiere desestimar su idea o no quiere dejar que se esfume ese deseo del pasado que se hizo presente. Agrega:

—Pensá algún lugar de la casa que sepas que le va a molestar ver a otro hombre ahí.

A ella se le ilumina la mirada:

—Y bue… en la cama. Y que aparezca de fondo esa lámpara de mierda que compró en Buenos Aires Design que es lo único en lo que invirtió conmigo el muy turro.

Ariel asiente con la cabeza:

—Sí, creo que es buena idea. Tenemos que ser bien realistas para que funcione.

Las nubes de llanto en el rostro de ella dejaron lugar al entusiasmo. No sabemos si de la excitación o de la venganza.

—Dame un minuto que acomodo todo y hacemos la foto en la cama.

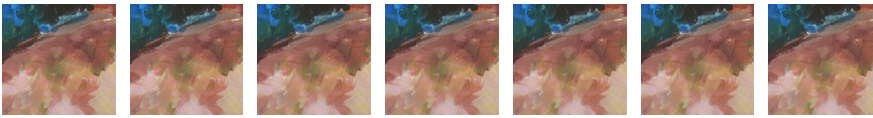
Ella se va saltando como si tuviera seis años hacia el cuarto del fondo.

Él se queda solo en el living. El recuerdo de la seño Isabel se esfuma en su memoria pese a que él frunce la frente tratando de retenerlo. Se mira en el gran espejo de la pared. Siente que le queda muy bien esa camisa. Hasta le parece que portar esa prenda tan fina y costosa le ofrece otro ímpetu, otra decisión. Ahora entiende esa altivez que poseen las personas que pueden vestirse con ropas bien costosas.

Le toma un minuto agarrar la mochila de fumigación y salir sin despedirse.

Apenas retumba en el ambiente el ruido de la puerta al cerrarse, aparece ella. Ya no viste la remera larga y escotada, sino una blusa bien ajustada que resalta sus pechos.

—Cobarde. Te escapaste como cucaracha voladora —grita ella aunque sabe que nadie la escuchará.



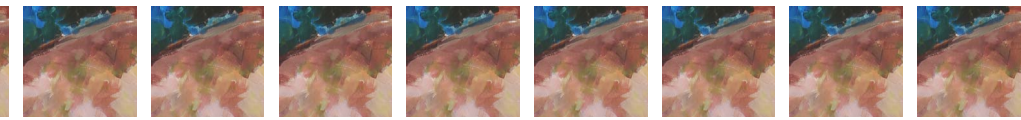
Nada queda de ese encuentro recién vivido por ellos, salvo la camisa ombú color marrón caqui colgada de una de las sillas del living. Ella la toma y la huele. Tiene ese olor a veneno químico tan típico de Ariel. Ella suspira, la dobla cuidadosamente y la coloca en una nueva caja de cartón a la que le escribe el nombre "Ariel".

"Buenos finales"

El inicio de todo fue una traición y quizás parte de lo que sucedió después, tenga que ver con mi intento de que el final no estuviera también definido por la misma falta.

Me había enamorado de la hermana de mi mejor amigo del barrio. Y eso, para el grupo de pibes que parábamos a la salida de la Escuela Técnica en la esquina de Laprida y Frías era un delito imperdonable.

En esas charlas de ochava se analizaban todas las tácticas y estrategias de conquista femenina. Se probaban, se enumeraban, se perfeccionaban. Era una escuela informal de seducción. El radio de acción eran todas las jóvenes de 14 a 17 años que vivieran a diez cuadras a la redonda, con una única excepción: el lazo sanguíneo directo. Primas se podía. Amigas se podía. Compañeras de inglés o de dibujo se podía. Pero era una prohibición absoluta las hermanas. Una vez que mis viejos se fueron el fin de semana afuera, Diego se quedó a la noche en mi casa. Nos emborrachamos con licor de chocolate y mientras dormía, lo escuché murmurar entre sueños de polución el nombre de mi hermana. Lo decía clarito. Lo conté en el grupo de los chicos al día siguiente y en votación unánime no se permitió más la presencia de Diego en la esquina. Podía seguir siendo amigo nuestro y compartir otras actividades, pero fue desterrado de la escuelita de seducción.



Si ustedes la hubieran visto en aquellos años a Marina Casavera, seguramente me dirían que era una joven que se merecía ser musa de todo tipo de transgresiones. Todos los chicos del barrio estaban detrás de ella y a escondidas le hacían propuestas amorosas de todos los colores. Pero todas las tácticas fracasaban ante ella. Quizás la razón de que se fijara en mí fue que era el único de todo el grupo que no intentó salir con ella. Cuando se acercó en aquella fiesta y solo porque le dije dos frases graciosas en el jardín del fondo del Círculo Católico de Obreros, me besó. Enseguida pensé que esa acción era solo una forma de demostrarse que no había hombre que se le resistiera y que aquel beso era debut y despedida.

Me equivoqué. En las semanas siguientes, ella empezó a mostrar que realmente se interesaba en mí y hasta me propuso que dejáramos de ocultarnos y nos mostráramos como novios.

—Propongo su expulsión. Es responsable del acto de traición a las buenas normas que rigen en este grupo —fue la frase con la que me recibió César, uno de los mayores galanes del grupo de la esquina. Silvio, el hermano de Marina, estaba allí pero no habló e incluso no me mostró una mirada fulminante.

Intenté defenderme. Hice una extensa disertación sobre el pureza del enamoramiento y de que si había amor de por medio no se podía juzgar de la misma manera los hechos.

El resultado de la votación no fue unánime. Silvio fue el único que no votó mi expulsión. Claramente el resto me estaba castigando por haber logrado yo, el menos exitoso del grupo, lo que ellos no pudieron.

Fue un noviazgo muy intenso de tres años, con muchas salidas, viajes y emociones que tuvo su freno en la frase:

—Me enamoré de Nicolás.

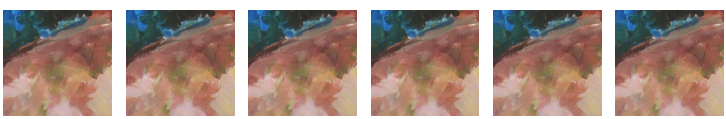
Era la primera vez que me dejaban. Era la primera vez que una chica que amaba decidía romper nuestra relación. Nicolás era un amigo de la primaria de mi novia. Era superfachero, seguro, con plata, destacado jugador de rugby de Pucará, pasaba más horas en el gimnasio que en la universidad y no había leído completo un solo libro en toda su vida. Era mi antítesis. Odiaba todo lo que representaba.

Quizás debía enojarme con Marina. Hacer un escándalo, hacerla sentir mal por el cambio de novio que hacía.

—Si realmente es lo que sentís, te apoyo. Hay que ir detrás del amor —fue mi respuesta. Quedó perpleja. Seguramente esperaba otra reacción mía.

Me fui con el corazón roto a mi casa. Lloré en soledad toda la desazón de que te dejen cuando seguís amando.

Con Marina Casavera seguimos en contacto varios meses más. Me llamaba cada dos o tres días para pedirme consejos o contarme las macanas que se mandaba Nicolás. No sé cuándo ni por qué me volví una especie de amigo gay. Desde ahí supe que hay que saber tener buenos finales. Los melodramáticos, ahora, son mis preferidos.



Gabriel Fernández Chapo. Argentina

Licenciado en Letras, egresado de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Magíster en Dramaturgia. Cuenta con un amplio número de publicaciones dramáticas en diferentes editoriales argentinas, uruguayas y chilenas. Es profesor titular de varias cátedras relacionadas con las artes escénicas en prestigiosas universidades argentinas.

Cuento
Mención

Félix Mauricio Leguízamo
Colombia

Desahogo

Tal vez usted ni se ha enterado de que he estado parada, mirando a través de la ventana, sin saber cómo comenzar. Pero debe de sospecharlo, porque ahora que me acerco a su oído para hablarle, después de tanto tiempo, su respiración se agita y no puedo pensar en otra cosa que no sea hacerle saber que, aunque era una niña, yo tenía derecho a vivir ese infierno que usted tantas veces me negó. No sé en su estado, pero quizá usted podría llegar a pensar por qué hasta hoy se lo confieso. Espero que no vaya a tomar a mal lo que le voy a decir. No es mi intención hacerle reclamos o herirla ahora que está en desventaja. Por el contrario, lo que anhelo es curarme.

Porque, créame, si he esperado todos estos años para hablarle no fue por hacerla sentir culpable. Tuve motivos para alejarme que ni siquiera tienen que ver con lo que sucedió cuando yo tenía ocho años. Y es que viniendo del aeropuerto me encontré con Ana María, mi amiga de la facultad. ¿La recuerda? Ella me preguntó por mi familia, entonces recordé de nuevo ese domingo en el que la abuela Griselda me despertó y me dijo que me alistara porque iba a conocer a mi mamá. Ni la abuela, que dijo quererme tanto, pensó qué sentiría una niña que hasta ese día nunca supo que tenía una mamá. Me puse el vestido verde aquel y con paciencia resistí los tirones que la abuela me daba para que las trenzas quedaran perfectas. No se imagina usted lo que sentí con el paso de las horas. Yo ahí, parada en la puerta de la casa, viendo pasar a la gente, con el corazón brincándome cada que una señora se acercaba. Y al fin, cuando ya dejé de imaginarme cómo sería usted, al levantar la mirada, la vi acercarse. Traía a su lado tres niños. Todavía los recuerdo bien: la mayorcita, de pelo largo muy negro, vestida con un saco de lana azul. El niño de ojos claros, el cabello rubio con unos crespos brillantes y la otra niña, la morenita, tenía unas trenzas parecidas a las mías y vestía un abrigo blanco. Usted me sonrió, se agachó para abrazarme, y fue ahí cuando vi esos moretones en su ojo y junto a la boca. Los niños entraron corriendo a la casa. Yo me preguntaba, quiénes serán esos niños, por qué abrazan a la abuela, por qué la cara de mi mamá está así. No sabía qué hacer, por eso corrí hacia mi cuarto y me encerré, hasta que la abuela fue y me obligó a sentarme en el comedor con ustedes. Después, entre sorbos de chocolate y bocados de pan que los niños devoraban, usted me fue presentando a mis hermanos. Ahora, es imposible que usted me conteste tantas preguntas. Por ejemplo: que me diga, si imaginó cómo se sentiría alguien, de tan corta edad, si en una mañana, como salidos

de la nada, le presentan a su mamá y a tres hermanos, después de siete años en los que creyó que era otra su vida. Que me explique, en qué balanza midió lo que era más importante. Porque usted debe recordar que, aunque esa tarde me prometió que jamás se volvería a separar de mí, que una vez que acomodó una cama cerca de la mía, que me insistió durante la siguiente semana para que jugara con mis hermanos, así como llegó, el domingo siguiente se fue. Y ese señor desconocido me sonrió mientras se la llevaba a usted y a mis hermanos cogidos de la mano. Que me conteste, qué cree usted que se siente en el pecho, en el estómago, en la piel. Y otra cosa, que me ayude a descubrir de dónde saqué fuerza para no odiarla cada vez que se repitió la misma escena: usted llegando a casa de la abuela con la cara mancillada, yo enamorándome de mis hermanos, usted sollozando en la noche con la luz apagada, ese señor llevándosela a los pocos días, mi abuela secándome las lágrimas que se me escurrían cada que deseaba que usted llegara y me abrazara. ¿Cuántas veces sucedió lo mismo? Yo perdí la cuenta. No sé, usted. ¿Ve? Eso era lo que no quería. Yo imaginé que podía retener el llanto, pero cómo, si vuelvo a recordar la última vez que pasó. Yo ya no era una niña, fue un año antes de que muriera la abuela. La última vez que usted llegó a refugiarse. Solamente cambió la parte final de la escena: usted fue a despedirse a mi cuarto, no quise acompañarla hasta la calle, quería evitarme las náuseas. Tan pronto se cerró el portón la abuela fue a consolarme y nada más entró, le dije que usted se lo merecía, que ojalá la próxima vez la matara a golpes. No lo dije con rencor, créame, quería que usted no sufriera más, pero la abuela me dio una bofetada.

Estoy segura de que no tengo otra cosa que decirle. El médico antes de entrar me dijo que lo más seguro era que usted entendía todo lo que le hablara, tengo la esperanza de que haya sido así.

Por eso quiero antes de irme, decirle que a pesar de todo no me afectó sentirme abandonada, que hubiera querido sentir una vez más el abrazo que me entibió el pecho, como cuando la conocí, y que hubiera preferido mil veces compartir su infierno y no vivir la soledad del mío.

Félix Mauricio Leguízamo. Colombia

Director del Taller de Escritura Creativa Manuel María Aya Díaz, de Fusagasugá, Cundinamarca. Formador del programa de escritura creativa de la Secretaría de Cultura de Fusagasugá. Mención de honor en el Concurso de Cuento y Poesía del Ministerio de Cultura, en la categoría de directores de taller, en el género literario de cuento, con la obra *Puesto 8*, publicación en la antología nacional de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa Relata, del Ministerio de Cultura. Ganador de la convocatoria para publicación en la antología de cuento y poesía del Instituto Departamental de Cultura y turismo Idecut, Red Tecuento. Ganador de la convocatoria para publicación en la antología de cuento y poesía del Instituto Departamental de Cultura y turismo Idecut, Cundinamarca Cuenta. Ha publicado la novela *Un héroe cualquiera* en la editorial Fuente Nueva Ediciones.

EDITORIAL
BONAVENTURIANA

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

Acreditación Institucional MULTICAMPUS DE ALTA CALIDAD
ACREDITADA POR CUATRO (4) AÑOS
RESOLUCIÓN 0705 DEL 25 DE MARZO DE 2015
RESOLUCIÓN 0037 DEL 18 DE ABRIL DE 2019

Avenida 10 de Mayo, La Umbría, Vía a Pance
PBX: 488 22 22 - 318 2200 / FAX: 4882231.
Cali - Colombia, Sur América

ISSN 2248-6690

EDITORIAL BONAVENTURIANA

Editorial Bonaventuriana

@EditBonaventuri

Editorial Bonaventuriana

Editorial-Bonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

VIGILADA MINEDUCACIÓN

EDITORIAL BONAVENTURIANA CALI. SEPTIEMBRE/19 - CC